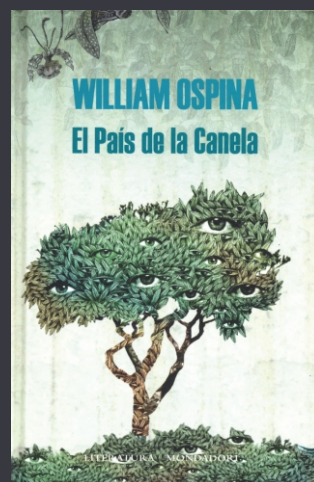




Visita al territorio de William Ospina



1.

La primera ciudad que recuerdo

La primera ciudad que recuerdo vino a mí por los mares en un barco. Era la descripción que nos hizo mi padre en su carta de la capital del imperio de los incas. Yo tenía doce años cuando Amaney, mi nodriza india, me entregó aquella carta, y en ella el trazado de una ciudad de leyenda que mi imaginación enriqueció de detalles, recostada en las cumbres de la cordillera, tejida de piedras gigantes que la ceñían con triple muralla y que estaban forradas con láminas de oro. Tan pesados y enormes eran los bloques que parecía imposible que alguien hubiera podido llevarlos a lo alto, y estaban encajados con tanta precisión que insinuaban trabajo de dioses y no de humanos ínfimos. Las letras de mi padre, pequeñas, uniformes, sobresaltadas a veces por grandes trazos solemnes, me hicieron percibir la firmeza de los muros, nichos que resonaban como cavernas, fortalezas estriadas de escalinatas siguiendo los dibujos de la montaña. No sé si esa lectura fue entonces la prueba de las ciudades que había sido capaz de construir una raza: al menos fue la prueba de las ciudades que es capaz de imaginar un niño.

Era una honda ciudad vecina de las nubes en la concavidad de un valle entre montañas, y la habitaban millares de nativos del reino vestidos de colores: túnicas azules bajo mantas muy finas de rosa y granate, bordadas con soles y flores; gruesos discos de lana roja, amplios como aureolas sobre las cabezas, y sombreros que mi padre sólo acertaba a describir como bonetes morados que caían sobre un vistoso borde amarillo. Gentes de oscuros rostros de cobre, de pómulos asiáticos y grandes dientes

blanquísimos; hombres de silencio y maíz que pasaban gobernando rebaños de bestias de carga desconocidas para nosotros, bestias lanosas de largos cuellos y mirada apacible, increíblemente diestras en trotar por cornisas estrechas sobre el abismo.

Me asombró que lo más importante de la ciudad no fueran esos millares de nativos que se afanaban por ella, ni esos rebaños de llamas y vicuñas cargados con todas las mercaderías del imperio. Lo más importante eran los reyes muertos: momias con aire de majestad que presidían las fortalezas, monarcas embalsamados encogidos en sus sillas de oro y de piedras brillantes, vestidos con finos tukapus de lana de vicuña, cubiertos con mantas bordadas, con turbantes de lana fina adornados de plumas, y encima la mascapaycha real, una borla de lana con incrustaciones de oro sobre los cráneos color de caoba. Cada muerto llevaba todavía en las manos resacas una honda con su piedra arrojadiza de oro puro.

Pero el mismo día en que supe de la existencia de aquella ciudad, supe de su destrucción. Mi padre escribió aquella carta para hablar de riquezas: no dejó de contar cómo cabalgaron por los trescientos templos los jinetes enfundados en sus corazas, cómo arrojaron por tierra los cuerpos de los reyes y espolvorearon sus huesos por la montaña y sometieron a pillaje las fortalezas. Ya desde el día anterior los jinetes que avanzaban por el valle sagrado habían percibido la luz de la ciudad sobre la cumbre, y sé que los primeros que la vieron se sintieron cegados por su resplandor. Yo trataba de imaginar el esfuerzo de los invasores ascendiendo sobre potros inhábiles por los peñascos resbaladizos, por desiguales peldaños de piedra, la entrada ebria de gritos en las terrazas, la fuga desvalida de los guardianes de los templos, y mis pensamientos se alargaban en fragmentos de batallas, una cuchillada súbita en un rostro, dedos saltando al paso de la espada de acero, un cuerpo que se encoge al empuje de la daga en el vientre, sangre que flota un instante cuando la cabeza va cayendo en el polvo.

Quién sabe qué nostalgia por tan largas ausencias vino a asaltar a mi padre, y quiso darme en un día de ocio lo que había recogido en años de incansables expediciones. Tal vez quería poner a prueba con un largo ejercicio de lectura lo que yo aprendía por entonces, o presintiendo que ya no serían muchos nuestros encuentros intentó ser por unas horas el padre

que dejé de ver tan temprano, darme un pedazo mágico de su vida en la región más insólita que le habían concedido sus viajes. Por eso la fantástica ciudad de los incas se grabó en mi memoria envolviendo la imagen de mi padre, que había sido uno de sus destructores.

Hoy sé que aquella carta embrujada me arrancó de mi infancia. Me parecía ver la Luna con su cara de piedra presenciando en la noche la profanación de los templos, la violación de las vírgenes, el robo de las ofrendas, y aunque no es lo que mi padre se proponía, me afligió que manos aventureras volcaran como basura esas reliquias. A mi nodriza india, que no olvidaba las violencias padecidas por su propia gente, le dolían tanto aquellas cosas, que su gesto mientras yo leía me hizo rechazar esas manos sucias de sangre que se repartían esmeraldas y ofrendas de oro, esas uñas negras arrebatando los tejidos finísimos, esos dientes roídos que escupían blasfemias, esos ojos ávidos que seguían buscando más oro, más plata, más mantas. En nuestra casa de una isla distante, el fuego en los ojos oscuros de Amaney reflejaba con ira las cámaras incendiadas, los pueblos derrotados que huían, la luna picoteada por los cóndores flotando sobre la ruina de un mundo.

Pero más que los hechos, quiero contarte lo que esos hechos produjeron en mí. Poco antes nuestros hombres habían capturado al señor de las cordilleras. Para ti y para mí, hoy, simplemente lo condenaron al garrote; para mis doce años, lo que ocurrió no cabía en una palabra: cómo cerraron en torno a su cuello una cinta de acero hasta que la falta de aire en los pulmones completó la labor del torniquete astillando los huesos del cuello... Y el mundo de los incas vivió con espanto la profanación de su rey. Para los invasores era la muerte de un rey bárbaro, pero para los incas era el sacrificio de un dios, el Sol se apagaba en el cielo, los cimientos de las montañas se hundían, una noche más grande que la noche se instalaba en las almas. Y aún más grave que la muerte del rey fue esa fiesta insolente, cuando los invasores arrasaron sala por sala, muerto por muerto y trono por trono la memoria del reino. Un caudal de talismanes y embrujos, de sabidurías y rituales fue obliterado, y siglos de piadosas reliquias se convirtieron en fardo de saqueadores, en rapiña, en riqueza. Aquel día no sólo descubrí que éramos poderosos y audaces, descubrí que éramos crueles

y que éramos ricos, porque los tesoros de los incas ahora formaban parte del botín de mi padre y de sus ciento sesenta y siete compañeros de aventura.

No sé si al leer esa carta a los doce años me importó la riqueza. Me embrujaba el relato de la ciudad, la simetría de los templos, el poder de los reyes embalsamados, los canales sonoros, las murallas dentadas, la ciudad, dilatada junto al abismo, apagándose como un sol en medio de hondas cordilleras.

La idea que tenía yo de las montañas era entonces modesta. Mi vida había sido la llanura marina; los altos galeones que sobrevivían al cuerpo de serpiente de las tempestades y que atracaban extenuados en la bahía. Ya que quieres saberlo todo desde el principio, debo empezar contándote que vivíamos en La Española, donde estuvo siempre nuestra casa. En la isla de arenas muy blancas sólo sabía que mi madre había muerto en el parto. Yo era el fruto de esa muerte, o, para decirlo mejor, yo era la única vida que quedaba de ella, y Amaney era la nodriza a cuyas manos me confió mi padre al irse a la aventura. Tuvieron que pasar años antes de que la riqueza mencionada en la carta cobrara sentido para mí, tuvieron que llegar noticias intempestivas a provocar confesiones que yo no esperé nunca.

Sólo una vez volvió mi padre de tierra firme a confirmar de voz viva las cosas que había escrito. No presentía que era su última visita, pero aquí todo el mundo vive haciendo las cosas por última vez. Vino ausente y lujoso; envejecido el rostro gris bajo el sombrero de plumas de avestruz, vacilantes los pasos en las largas botas de cuero. Los collares de plata con esmeraldas no hacían menos sombrío su rostro, los anillos de oro hacían más rudos sus dedos encallecidos y oscuros. No sabía relacionarse con un niño: los reinos y las guerras habían entorpecido su corazón. Venía, como siempre, a «resolver asuntos». El mundo de los incas, que hizo ricos a muchos aventureros, ahora incubaba entre ellos rencores y envidias, y las riquezas se estaban cambiando de prisa en arcabuces y en espadas, porque más habían tardado en ser los amos del reino que en tener que empezar a defenderse unos de otros.

No me pareció que soñara con volver a los días felices de la isla, donde el regidor de la fortaleza le administraba por amistad un ingenio de azúcar. En estas Indias nadie puede descuidar sus conquistas: tenía que estar de

cuerpo presente si quería su parte del tesoro de Quzco, que tardaba en ser repartido. Como socio del marqués Francisco Pizarro le correspondieron indios, tierras y minas, pero también esperaba su fracción en metálico, el oro arrebatado a los muertos.

Esas riquezas del Perú estaban malditas para nosotros. Un día, en su mina profunda de las montañas, el derrumbe de un túnel sepultó a mi padre con muchos de los indios que se afanaban a su servicio. Cuánto no habrán durado vivos en la tiniebla, pero nadie consiguió rescatarlos a tiempo. Tenía yo quince años cuando Amaney trajo del puerto la noticia, con esa dignidad indecifrable que reemplaza en los indios al llanto, y allí pude ver cuánto lo quería. Yo, por mi parte, creí que me había acostumbrado a su ausencia, pero fue como si me quitaran el suelo bajo los pies: me sentí devastado y perdido, el mundo se me hizo incomprensible, y apenas si la compañía de aquella india que era como mi madre me salvó de la desesperación.

Muy poco duraría ese consuelo. Viendo mi soledad, Amaney se animó a contarme algo que me pareció enrevesado y absurdo. Según ella, la dama blanca, la esposa de mi padre por la que me habían enseñado a rezar y a llorar, la señora que yacía en las colinas fúnebres de Curacao, no era mi madre; mi madre verdadera era ella misma: la india de piel oscura, que había aceptado desde el comienzo fingirse mi nodriza para que yo pudiera ser reconocido sin sombras como hijo de españoles por la administración imperial.

¿Esperaba que yo me consolara con ello? La muerte de mi padre era ya suficiente desgracia, y esta revelación tan increíble como inoportuna sólo podía ser una astucia de la criada para tener parte en el destino familiar. Alegó que había testigos que podían confirmármelo: yo me negué a escucharlos. Toda mi infancia la había querido como a una madre: bastó que pretendiera serlo de verdad para que mi devoción se transformara en algo cercano al desprecio. De creerle, su relato me habría impuesto además una inmanejable condición de mestizo, a mí, crecido en el orgullo de ser blanco y de ser español. Pero el relato de Amaney fue mi ayuda: durante los días más duros de aquel duelo compensé mi pena de huérfano con la indignación de sentirme víctima de una torpe maniobra.

Viendo frustrado su intento de dar otro rumbo a mi vida, Amaney se refugió en el silencio. Yo no habría tenido el corazón de apartarla de mi casa, pero dejé que se replegara a la condición de sierva ya sin privilegios. Muerta o vendida su raza, cambiado el paraíso de sus mayores en una isla llena de guerreros y comerciantes de España, la verdad es que yo era lo único que ella tenía en el mundo, y traté de explicarme por ello que quisiera usurpar el lugar de mi madre.

Mi educación no se había dejado en sus manos. La india sencilla de La Española me dio su amor mientras pudo, pero no podía darme el saber que su pueblo se transmitió por siglos en rezos y en cantos, en cuentos y en costumbres. Alguien debía velar por que yo creciera como un buen español, y desde los once años fui recibido como aprendiz en la fortaleza mayor de la isla, donde por decisión de mi padre orientó mis estudios el hombre más importante que había en La Española, su antiguo compañero por Castilla y por selvas del Darién, el regidor Gonzalo Fernández.

Parece que no supieras bien de quién te hablo, y eso me sorprende, porque casi no hay en las Indias quien desconozca ese nombre y la sombra ilustre que lo sigue. Por haber crecido algunos años a su lado, yo ignoré más que otros la importancia del hombre que me educaba y después fui encontrándome con trozos de una leyenda. Acostumbrado a ver sus cosas como hechos naturales, tarde comprendí que había conocido a un ser excepcional. Recibí su latín y su gramática, sus lecciones de historia y sus cuentos de viajes, su destreza manual y su ciencia del sable y la ballesta, sin preguntarme demasiado por él: no sabía diferenciar entre la vida de mi maestro y las lecciones que me daba. El idioma era simplemente su manera de hablar, la corte española era el relato de su infancia, los reinos de Italia eran la crónica de su juventud, y oyéndolo hablar de aquellos años otra ciudad abrumaba mi mente: Roma, a la que sus libros viejos me describieron, y que en su memoria y en mi fantasía era menos una ciudad que un pozo de leyendas, una cisterna mágica del tiempo. Guerra y conquistas llenaban sus jornadas, pero yo sentía que eso era común, y para mí el mundo fue primero el mapa de las andanzas de Gonzalo Fernández de Oviedo, que había convertido los reinos viejos y los nuevos en la cosecha de sus manos y la curiosidad de sus ojos.

Suele ocurrir que entendamos mejor la grandeza de un desconocido que la de alguien a quien vemos cada día tropezar y estornudar, resfriarse con las modificaciones del clima y padecer los cambios de ánimo que van imponiendo los años. Sólo el surco del tiempo y los accidentes de la vida me fueron revelando la magnitud de aquel maestro que marcó de tantas maneras mi rumbo. Más tarde, si hay tiempo, te hablaré de Gonzalo Fernández: su historia es más notable que la de muchos varones de Indias.

Tenía yo diecisiete años cuando me revelaron que el ingenio de azúcar que constituía mi única herencia estaba a punto de quiebra. Fueran malos negocios del regidor, o los bandazos de las guerras y del comercio, o los asaltos de los piratas franceses, lo cierto es que a un negocio que nos había sostenido por años lo estaba carcomiendo la ruina. El hecho coincidió con mi llegada a la edad en que debía asumir la responsabilidad de mi casa, y fue entonces cuando volvió el recuerdo de aquella carta leída tiempo atrás. Me pareció encontrar la razón por la cual mi padre la había escrito: quería que yo supiera de las grandes riquezas que obtuvieron en Quzco los sojuzgadores del reino, que tuviera alguna noción de la parte que nos correspondía. Enviarme la carta era darme a entender que yo era el objeto de sus preocupaciones, que tenía derecho a sus propiedades y riquezas.

Después de leer y releer aquellos viejos pliegos, decidí finalmente viajar al Perú a reclamar mi herencia legítima, que según largos cálculos ascendería a varios millares de ducados. Así se lo comuniqué a mi maestro y también él estuvo de acuerdo en que no debía demorar demasiado el reclamo. Ignorante de la fragilidad de los derechos en estas tierras, empecé a reunir todas las pruebas de mi filiación: la carta de mi padre, los documentos que había dejado, los registros de su matrimonio con la dama blanca de las colinas, las actas de mi bautismo en la catedral de La Española, entre el aullido al cielo de sus lobos de piedra.

Y un día estuve maduro para viajar a Castilla de Oro. Callada como siempre, Amaney fue conmigo hasta el barco en aquella mañana, y no pudo impedirse temblar al despedirme, temblar de un modo que casi logra lo que no pudieron sus argumentos. Me dije que esa aflicción, esa forma del llanto, se debía a que se quedaba más sola que nadie. Su raza ya casi no existía, sus indios habían muerto por millares en la guerra y los trabajos. Y aquella

muchacha que recuerdo en mi infancia nadando desnuda con cayenas rojas en el pelo por las aguas translúcidas del mar de los caribes, aquella mujer de canela que le entregó a mi padre su destino y a mí toda su juventud, quedó sola en la playa de mi isla, y yo la miré sin pensamientos hasta cuando la isla no era más que un recuerdo en el vacío luminoso del mar.

2.

Sólo entonces aparté la vista de mi pasado

Sólo entonces aparté la vista de mi pasado y enfrenté el destino que me esperaba. El barco del capitán Niebla nos llevó a Margarita, la isla grande y reseca, en cuyo centro están las arboledas joviales, las casonas y las iglesias. Vi por primera vez el impresionante bazar de las perlas, los barcos traficantes y multitud de canoas junto a las cuales desaparecen y afloran sin cesar los indios pescadores, con una tos de agua en la boca y puñados de ostras en las manos esclavas. Días después anclamos en Cartagena, una aldea sudorosa que no mira al norte azul sino a los ponientes bermejos, donde gobernaba el hombre de nariz remendada que acaba de ahogarse en las costas de España. Y al cabo de muchos días de sol y de mar llegué a los golfos cegadores de Nombre de Dios, a este brazo de selvas que tanto había imaginado, y a este puerto de Panamá, donde cambian las rancherías y los templos de piedra pero el mar es el mismo, míralo, con ese soplo de vagas promesas, repitiendo su brillo y sus olas bajo el mismo desorden de alcatraces.

Era el año de 1540. Tú ni siquiera habrías oído hablar de las Indias, pero Castilla de Oro era ya un litoral cargado de leyendas, una babel crujiente de maderos de agua, galeones llevados por el viento y galeras movidas por el sufrimiento, carabelas y carracas, bergantines y fragatas furtivas que parecen mirar por los ojos de sus cañones. La tierra era un rescoldo de esclavos africanos, de comerciantes genoveses, de aventureros de muchas regiones que ya llevaban media vida mal andando en las islas, de indios sabios y laboriosos traídos del Perú, derribadores de pájaros robados al

Chocó, pescadores capturados en el lago de Nicaragua, sacerdotes nativos transformados en siervos, guerreros de los valles del Sinú con los tobillos ulcerados por las cadenas, y hombres de cobre de La Guajira, acostumbrados a los cielos inmensos del desierto y que cada noche buscaban en vano las estrellas.

Eché a andar sobre las huellas de mi padre, ese señor apenas conocido que había visto tantas cosas: el camino de oro de Balboa y el camino de sangre de Pedrarias Dávila, la casa de limoneros de mi maestro Gonzalo Fernández en Santa María la Antigua del Darién, bajo un cielo de truenos, y los cadalsos insaciables de Acia. Hacía más de diez años que lo había reclutado Pizarro para su aventura en el sur, para padecer las desgracias de una isla de fango donde se comieron hasta las cascarras de los cangrejos, y para desembarcar más muertos que vivos en la ciudad de colchones venenosos de Túmbez, donde muchos hombres se vieron de pronto llenos de verrugas infecciosas cuando ya se sentían a las puertas del reino.

Recorrí, con menos sufrimientos, ese mismo camino: tragando con los ojos el mar del Sur; pasando ante las costas del Chocó que saludan al Sol con flechazos; ante las ensenadas de Buena Ventura, donde una tarde vimos arquearse los lomos y hundirse las colas de las grandes ballenas; ante la isla que los labios febriles y griegos de Pedro de Candia llamaron Gorgona; ante la bahía de Tumaco, donde se oculta rencorosa la isla del Gallo; y entré por fin en el Perú que soñaba, no la *térria incógnita* que pisaron los aventureros del año 32, sino un país misterioso dominado ya por españoles, donde empezaban a alimentar mendigos los atrios de las iglesias y a cristianizar el viento los campanarios.

Todo cambia con prisa endemoniada; cada diez años estos reinos tienen un rostro distinto. Si hace treinta eran todavía el mundo fabuloso de las fortalezas del Sol y de las momias en sus tronos, hace veinte fueron escenario de guerras desconocidas entre hombres y dioses, y hace diez un paisaje calcinado donde intentaba sembrarse la Europa grande que avasalla al mundo. Quién sabe qué país nos estará esperando ahora allá al sur, tras estas aguas grises. Yo, que llegué antes que tú a las tierras del Inca, alcancé a ver muchas cosas que pronto desaparecieron: poblaciones intactas, caminos de piedra provistos a cada tramo de bodegas de granos, palacios de

losas grandes de la ciudad sagrada, fiestas que tú no conociste. Pero uno sólo ve con nitidez lo que dura: un mundo que no cesa de cambiar apenas si produce en los ojos el efecto de un viento.

Era reciente la primera conquista. Todavía se hablaba de las ciudades donde se refugiaron las vírgenes del Sol, del paraíso perdido donde nadie era rico ni pobre ni ocioso ni desvalido en toda la extensión de las montañas, de la región donde anidaban los coraquenques, los pájaros sagrados que estaba prohibido cazar, y que proveían las plumas de colores para la diadema del rey. Y todavía se hablaba de la prisión del Inca, de su asombro ante los libros, de sus diálogos con los soldados. Nadie olvida el rescate que le exigió Pizarro, una habitación grande de Cajamarca llena de oro hasta la altura de dos metros, porque ese ha sido hasta ahora el tesoro más asombroso que se ha recogido en las Indias. Mientras la habitación se iba llenando con el oro de las ofrendas, Atahualpa se iba poniendo cada vez más callado y más melancólico; Hernando de Soto le enseñó a jugar al ajedrez y el rey alcanzó a igualar con él algunas partidas, hasta que la certeza de que sus captores de todos modos lo matarían apagó su voluntad de hablar con ellos.

Un día, aquel prisionero que no sabía nada de la escritura le pidió a un centinela de la guardia que le trazara el nombre de Dios sobre las uñas, y después andaba mostrando la mano a todos sus captores. Parecía complacerle ver que repetían la misma palabra cuando él les ponía esos signos ante los ojos. Pero Pizarro no reaccionó como los demás ante el juego, y Atahualpa tuvo la sagacidad de comprender que el marqués Francisco Pizarro era más ignorante que sus propios soldados. Hay quien piensa por eso que Pizarro, un hombre limitado y soberbio, se indignó de haber sido descubierto y casi ridiculizado por el rey prisionero, y que ese episodio influyó en la decisión brutal de matarlo después de recibir el rescate.

Veinte años habrán borrado gran parte del mundo que existía cuando Atahualpa murió y los conquistadores entraron en Quzco. Fue por agosto del año 35 cuando el tribunal que lo juzgaba lo condenó a muerte, y él sólo accedió al bautizo para salvarse de ser quemado vivo. Juan de Atahualpa

murió en el garrote vil, decía mi padre en su carta, y dos meses y medio después los guerreros de España hicieron su entrada en la ciudad imperial.

Yo llegué a la Ciudad de los Reyes de Lima cuatro años después, y desde el día de mi desembarco no me cansé de preguntar cómo había sido la entrada en el Quzco, cómo era la ciudad que encontraron. Yo, que viví deslumbrado, y tal vez embrujado desde niño por esa maravilla de las montañas, llegué a lamentar no haber formado parte de las tropas que la saquearon, sólo por haber tenido la ocasión de verla, de verla ante mis ojos, siquiera en el último día de su gloria.

Entonces tú has oído también la leyenda de que la ciudad deslumbraba a la distancia con sus piedras laminadas de oro. Pues debo decirte algo más asombroso: cuando Pizarro apareció sobre los cerros, quedó maravillado y también asustado porque la ciudad enorme tenía la forma de un puma de oro. Nunca se había visto en el mundo antiguo que una ciudad fuera un dibujo en el espacio, y allí estaba el preciso dibujo de un puma, desde la cola alargada y arqueada hasta la cabeza que se alzaba levemente sobre los montes, con el ojo de grandes piedras doradas en cuya pupila vigilaban los lujosos guardianes.

Cundió entonces la sospecha de que había otras ciudades similares en el norte y el sur, porque el imperio estaba dividido en varios reinos. Y mientras Hernando Pizarro se apoderaba de los templos de Quzco, Belalcázar fue al norte, más allá de Cajamarca, hacia los volcanes nevados de Quito; y Valdivia fue al sur, hacia los confines del mundo, por las llanuras costeras del Arauco. Continuando la guerra contra los indios rebeldes fueron dándose cuenta de la magnitud de un imperio que pronto les pareció más grande que Europa. Procuraron tomar posesión de las distintas comarcas, aunque basta ver las cordilleras para entender que nadie, ni siquiera los incas, ha podido abarcarlas del todo, porque más allá de su red de caminos y de sus terrazas sembradas de maíz, hay miles y miles de montañas que sólo el cielo ha visto y que apenas vigilan los astros.

Ya desde los primeros tiempos todo el que vacilaba en apoyar a los Pizarro iba cayendo en desgracia. Ese fue el destino de Almagro, el socio principal del marqués, de quien Hernando Pizarro decía burlón: «Hay demasiadas cosas en ese rostro, pero ninguna está completa». Almagro supo

muy temprano lo que lo esperaba, desde el momento en que Pizarro viajó a la corte a buscar en su nombre y de sus dos socios licencia para invadir el reino de los incas y volvió exhibiendo títulos sólo para sí. Desde entonces cada día anotó alguna deuda: hoy una ingratitud, mañana una trampa, pasado mañana una traición, y ya no esperó nada bueno de ellos.

Pero un día el Quzco, lleno de invasores, fue sitiado y calcinado por las huestes del hermano del Sol, Manco Inca Yupanqui, un señor esbelto y sombrío, con diadema de grandes plumas y manta de lana respunteada de oro, que había decidido resistir hasta el final aunque el dios hubiera sido asesinado, aunque, como decían ellos, ya no quedara un Sol en el cielo. Hay cantos sobre los sufrimientos del Inca que decidió un día sacrificar esa ciudad en la que cada piedra era venerable y sagrada, y dicen que la mano que arrojó desde el cerro la primera flecha encendida contra los templos se fue quemando y consumiendo sola con los años, y al final era oscura y leñosa, semejante a la garra de un pájaro. Como las alas de un cóndor que se hubieran desprendido del cuerpo muerto y se buscaran todavía por las montañas, los grandes jefes incas, Rumiñahui, que llenaba el norte con sus tropas, y Manco, que congregaba las suyas al sur, intentaron tardíamente envolver y aniquilar a las tropas de España, pero éstas seguían creciendo al soplo de la fama de sus conquistas, y de nada sirvió para combatirlos reducir a cenizas el corazón del reino. Los jefes incas no podían saber que allá, muy lejos, barcos y barcos nuevos brotaban por las bocas del Guadalquivir, pesados de caballos, de espadas y de arcabuces, y que el ejército invasor del Perú seguía creciendo sin tregua porque lo alimentaba el mar.

En pocos años pasaron sobre la capital tantas calamidades, pestes desconocidas, guerras con armas nuevas y mortíferas, y trabajos concertados del fuego y del viento, que ahora, de la venerable ciudad de mis sueños que un día resplandeció sobre los abismos, sólo quedaban altos cascarones de piedra carcomidos por la catástrofe. Los incas comprendieron que la muerte del dios había desgraciado la ciudad, que por eso sobre ella se encarnizaban los enemigos, y ya no volvieron a ampararse en su piedra. Tenían razón: todo el que hizo allí su refugio terminó sucumbiendo, y hasta

Diego de Almagro fue capturado en el fortín y sometido al juicio implacable de los hombres de Hernando Pizarro.

Había dado hasta un ojo de la cara por ayudar a la conquista, tenía igual derecho que los Pizarro al reino de los incas, pero todo se lo fueron birlando en una cínica sucesión de zarpazo y silencio. Se sintió tan herido que ya no quería siquiera su parte del tesoro sino hacerles sentir a esos aliados que conocía sus saludos de anzuelos y sus abrazos de espinas. Pobre Almagro: la indignación lo corroía y lo enfermaba, y antes de mi llegada terminaron sometiéndolo también al garrote. Se habían adiestrado en el arte de los juicios fingidos, procesos que de antemano tenían decidido el veredicto; simulacros como el que representaron ante Atahualpa, no para examinar la conducta del acusado, sino para espesar sofismas que autorizaran su exterminio.

Al llegar, me sentía perdido. No tenía amigos ni un rumbo claro, iba entre los tumultos del puerto, si es que se puede llamar así a ese embarcadero confuso ante los barrancos, buscando cómo dar con firmeza mis primeros pasos en un suelo inestable. Como buen hijo de español, no sabía qué admirar más, si la majestad de las construcciones del Inca o el valor demencial de los guerreros que las despojaron. Muy pronto supe que manos piadosas habían rescatado los restos de mi padre de su socavón y los habían enterrado en la tierra seca del litoral. Corrí a buscar esa reliquia que me sembraba a mí mismo en el reino. Y allí estaba el montículo bajo el cielo impasible, ante un mar del color de las ballenas muertas, y ese era ya todo mi pasado: una tumba sedienta frente a las flores ciegas del mar.

No recuerdo haber llorado: recé lo que pude y proseguí el aprendizaje del mundo. Tú fuiste aprendiendo por cuentos de sus hombres la historia de la sabana de los muisca; así fui yo conociendo las leyendas de esa tierra extendida entre el mar del poniente y las montañas arrugadas como milenios: relatos de las cuatro partes del reino, de sus gargantas de sed y de sus colmillos de hielo; y oí y oí cuentos largos como los caminos del Inca, que atravesaban las montañas y que llevaban pies adornados de cuentas y cascabeles por los riscos y los páramos, por las frías llanuras oblicuas hacia los cañones del norte y hacia los abismos del oriente, frente a la costa

tortuosa del mar occidental y junto al otro mar, el que está solo con el cielo en las polvaredas altísimas.

Así me fue dado conocer los relatos del origen, y oí de labios más viejos que el tiempo cómo llegaron hace siglos los enviados del Sol, los padres de los padres, que fundaron en la altura esa ciudad, esa cosa de esplendor y misterio que había deslumbrado mi infancia.

3.

Aparecieron un día en las planicies amarillas

Aparecieron un día en las planicies amarillas que rodean el Titicaca, el más alto de todos los mares. Se llamaban Manco Cápac y Mama Ocllo Huaco; traían una cuña brillante de una vara de largo y dos dedos de ancho, que según algunos era una barra de oro macizo y según otros era un rayo de luz que había puesto en sus manos el Sol, y en cada región que cruzaban intentaban hundirla en la tierra. No preguntes de dónde procedían porque en las montañas cada quien tiene una respuesta distinta para esa pregunta, pero todos estuvieron siempre de acuerdo en que eran los hijos del Sol. Recorrieron los llanos de polvo, entre montañas blancas, recorrieron las cumbres pedregosas y los cañones resecos por donde resbala un hilo que alguna vez fue de agua y ahora es de arena interminable, recorrieron desiertos donde las pobres arañas tejen sus telas en la noche sólo para atrapar al amanecer unas mezquinas briznas de rocío, cruzaron la landa y la puna fracasando siempre en su intento de sembrar aquel objeto luminoso. Sólo cuando iban cruzando el cerro de Huanacauri ocurrió lo que esperaban: la cuña se hundió sin esfuerzo en el suelo y desapareció sin dejar rastro: era la señal para que los mensajeros fundaran allí su residencia.

Habían encontrado el centro del mundo, y por ello lo llamaron Quzco, que en la lengua de los montes de piedra significa «ombligo». Manco Cápac enseñó a los hombres a sembrar y a cultivar y a obtener frutos de la tierra, y Mama Ocllo enseñó a las mujeres a hilar y a tejer. Por eso se dijo que la ciudad fue primero sembrada y tejida, antes de alzarse en piedra sobre las montañas. Cuando tiempo después los reyes hicieron que legiones de

hombres trajeran de las canteras lejanas las piedras inmensas y las ensamblaran hasta formar murallas y fortalezas, todo seguía el plan secreto que habían trazado en el suelo los tejidos de surcos de los hijos del Sol.

En unos peñascos cercanos a Quzco los recién llegados encontraron una suerte de ventana grande, rodeada por otras más pequeñas, La mayor estaba enmarcada en oro y tachonada de piedras preciosas, en tanto que las otras solamente tenían su marco de oro sin ningún adorno adicional. Y cuentan los indios, sin explicar cómo pudo ser aquello, que Manco Cápac y la Coya Mama Ocllo Huaco entraron al Quzco por la ventana central, en tanto que tres hermanos suyos entraron por las ventanas laterales, cada uno con su Coya: y se llamaban Ayar Cachi, señor de la sal; Ayar Uchu, señor de los pimientos; y Ayar Sauca, señor de toda alegría. Por lo cual los incas sabían que los hijos del Sol no sólo trajeron el arte de sembrar y de tejer la lana de los rebaños, sino también el arte de conservar los alimentos, de guisar y sazonar buenos platos y de regocijarse en las fiestas.

Pero cuando nosotros llegamos al Quzco no sólo hallamos las ruinas recientes, sino vestigios de monumentos mucho más viejos que las piedras del Inca, porque allí todo comienzo es apenas el reflejo de una fundación anterior, y a lo mejor es cierta la leyenda que dice que la primera ciudad del tiempo se construyó sobre las ruinas de la última. Cuando lo recorras mejor comprobarás que ningún reino del mundo escogió un escenario de más vértigo, que en ninguna parte las ciudades están hechas como allí para prolongar los caprichos de las montañas, que de verdad aquellos hombres doblaban cumbres y trenzaban abismos. Eran fieles al ejemplo de sus primeros dioses, que hablaban con la voz de los truenos y tenían uñas de sal y dientes de hielo. A lo largo de la costa se suceden desiertos, un viento de mar grande parece secar toda costa, y los flancos occidentales de la cordillera fueron tierra muerta hasta cuando los rezos de los incas, que no estaban sólo en los labios sino también en las manos, hicieron bajar aguas desde el cresterío de los montes y abrieron jardines en la costa reseca.

Las cosas que encontré excedían en mucho lo que vieron los ojos de mi padre. No sé contar lo que sentí cuando entré por primera vez en aquella ciudad que era mi sueño de infancia. Dicen que sólo los hombres y los animales dejan sobre la tierra fantasmas, pero yo vi piedras fantasmas,

edificios fantasmas, porque de cada ruina, de cada piedra rota, mi mirada extraía lo que fue. Yo me iba solo, a veces, a reinventar con mis ojos el esplendor de la ciudad vencida, y creo que ella supo, aun desde su postración y sus cenizas, que por los ojos abiertos de sus murallas la estaba mirando el último de sus adoradores. Llevaba todavía conmigo la carta de mi padre, y a veces la leía, tratando de comparar lo que vieron sus ojos con lo que ahora estaba a mi alrededor. Conocí lo que quedaba del templo del Sol: había sido un edificio de piedra laminado de oro, con un gran sol irradiante en el fondo. Por sus canales dorados corrió un agua que parecía nacer allí mismo; tenía sitiales de piedra donde estuvieron sentados los cuerpos de los reyes difuntos. Más allá estaba el templo de la Luna, con un gran disco de plata presidiéndolo, donde se sucedieron los cuerpos de las coyas en sus sillas trenzadas. Visité lo que había sido la cámara de las Estrellas, que estuvo tachonada de piedras brillantes; visité el templo de la Lluvia, la mansión del triple dios que se toca en el rayo, que se ve en el relámpago y que se oye en el trueno, y visité finalmente la cámara del Arco Iris, el signo mágico de los señores incas, cuyo estandarte de colores iba sobre todos los demás en las campañas guerreras. Ese templo final, según la leyenda, sólo podía estar vivo si era sostenido día a día por ofrendas y por canciones.

Uno de los fornidos capitanes de Pizarro fue capaz de llevarse auestas el sol gigante cuando llegó la hora del saqueo, pero lo perdió después a los dados, en la borrachera que siguió al gran pillaje. Y un dios que se pierde a los dados en una noche de borrachos es una cruel ironía. Otro soldado se apoderó de la luna enorme de plata, a pesar de que había normas claras sobre cómo todas las riquezas obtenidas en aquellas campañas debían ser minuciosamente registradas, para que la Corona supiera bien a cuánto ascendían sus quintos, pero todos los invasores se dieron al saqueo, arrancaron las láminas de oro, socavaron a lanza martillada las piedras de la cámara de las Estrellas, y nadie supo decir, porque tras el saqueo sobrevino, para beneficio de todos, una gran confusión, a cuánto ascendía la riqueza que se repartieron. Debes añadir a esto que cada rey muerto no legaba sus bienes a sus descendientes, sino que cada palacio de rey era cerrado a su muerte con todas sus riquezas, y sólo la llegada de nuestros guerreros abrió

las entrañas de aquellas cavernas llenas de tesoros. Nadie podrá decir jamás el monto de esos siglos saqueados.

Para los incas fue como si el Sol, sin ponerse, se hubiera apagado de repente, y en toda su extensión el imperio deploró la caída de aquella reliquia de piedra que ahora sólo estaba viva en la penumbra de los corazones, furtivamente prolongada en oraciones y en cantos. Sin embargo, fueron las propias manos de los incas las que encendieron el fuego final. Quzco había sido un centro tan sagrado y tan venerado por el pueblo, que a lo largo de las rutas del imperio el caminante que iba hacia la ciudad tenía el deber de inclinarse ante el que procedía de ella, porque éste venía ya contagiado de divinidad. Era una joya de oro enclavada en las orejas de la montaña, como los pesados adornos de oro que los señores incas de la casta real llevan en sus orejas. Para ellos las montañas son rostros antiquísimos de señores de piedra, rugosos y eternos, que dialogan con el Sol y con la Luna, que duermen sobre profundos lechos de fuego, y que sueñan a veces con el pequeño hormigueo de los imperios.

Yo había soñado tanto con la ciudad, que muchos de los hombres que interpele sintieron que les hablaba de un sueño: esos tropeleros toscos y nuevos no eran ya las águilas que apresaron a Atahualpa en un lago de sangre, sino los buitres que llegaron después atraídos por la leyenda y por el oro que Pizarro envió al emperador. Y algo de buitre tenía yo también, buscando las huellas de oro de mi padre sobre las piedras profanadas.

Pero encontrar sus rastros fue más fácil que hallar a quienes debían responder por mi herencia. Los que diez años atrás eran aventureros en andrajos mascando cangrejos eran ahora varones ricos e inaccesibles, dueños de cumbres y de abismos y del destino de incontables indios, y llenos de recelos. El primero que hallé fue Alonso Molina, quien al comienzo declaró haber oído hablar de mi padre y más tarde recordó muchas anécdotas de su extravío en las islas, pero no supo decirme quién era el responsable del tesoro. Comprendí que había que andar con pies de gato sobre esas montañas envenenadas por la guerra; todos querían saber primero a cuál de los bandos estaba yo afiliado, antes de dar cualquier información. Vine creyendo que mi padre era un paladín de la Corona y

pronto me sobresaltó la posibilidad de andar buscando la sombra de un traidor, o de que muchos de mis interlocutores lo vieran de ese modo.

Harto había mencionado a quienes padecieron con Pizarro y con él los días de fango de la isla del Gallo, y yo pensé tan a menudo en esos hombres que compartieron su infierno que me parecía conocerlos: Pedro Alcón, gran comedor de iguanas; Alonso Briceño, de quien alguien dijo que hablaba dormido una lengua que ignoraba en el día, y el griego formidable Pedro de Candia, a quien busqué sin descanso muchos días porque mi padre lo alabó con frecuencia. Después de la batalla de Salinas el griego había perdido el afecto de los Pizarro, y cuando por fin lo hallé me habló de Hernando Pizarro con palabras llenas de amargura.

Buscando recuerdos de mi padre di con Juan de la Torre, que había perdido la pierna derecha después de caer a un abismo: hablé con Antonio Carrión, nacido en Carrión de los Condes, y con Domingo de Soraluze, de las penalidades que pasaron en la costa en los días de mayor desamparo. Allí supe de los dibujos de las costas de Túmbez que uno de los viajeros, aunque no supe cuál, había hecho en la primera expedición, y que dejaron perplejo al emperador Carlos V. Nada como esos dibujos favoreció la empresa de Pizarro. Y muchas cosas menudas recogí de los labios de Nicolás de Ribera, de Francisco de Cuéllar y de García de Jarén, aunque otros veteranos, como Martín Paz y Cristóbal de Peralta, no aparecieron nunca, y de Bartolomé Ruiz, el famoso marino que guio su proa hacia las doradas estrellas peruanas, sólo supe que se había dedicado a viajar sin cesar por los mares del Sur y ya nadie sabía si estaba vivo o muerto. Yo habría querido encontrar, con admiración y con espanto, a todos los que estuvieron en la tarde sangrienta de Cajamarca, a todos los que entraron en el Quzco en el día de su perdición.

Lo cierto es que de los veteranos de la conquista conocía al más libre de todos, Hernando de Soto, porque un día lo vi llegar a La Española, de vuelta de sus hazañas, y narrar los episodios del Perú. Te imaginarás, después de los sueños que despertó en mí la carta de mi padre, lo que sentí viendo llegar a la isla a uno de los héroes vivientes de aquella conquista. Habló de su amistad con el Inca prisionero, de los diálogos que sostuvieron, y del modo sinuoso como Pizarro, sabiendo que se habían hecho amigos, envió a

De Soto a investigar si las tropas indias preparaban una insurrección, sólo para que no estuviera presente en el momento en que juzgaron y ejecutaron a Atahualpa. Entre tantos guerreros, únicamente las manos de Hernando de Soto, que estaba ausente, y de once de sus compañeros, que estuvieron presentes y se opusieron al hecho, quedaron limpias de la sangre del Inca, pero está claro que eso no se notaba mucho en unas manos tan manchadas de sangre. Mucho me conmovió conocer a alguien que había merecido la amistad del hijo del Sol, y nunca olvidé todo lo que le contó a mi maestro en el gran salón de la fortaleza, a la luz vertical de las saeteras, o recorriendo las murallas frente al mar, donde ya se llenaban de viento las velas que lo llevarían de regreso a su tierra.

Por años yo fui el mudo espectador de las visitas que Oviedo recibía; pasaba inadvertido, porque la infancia es tímida, pero todo lo estaban contando para mí, pues nadie los oía con más avidez y admiración. Y esos relatos del Perú fueron los primeros licores de mi vida: la entrada de los jinetes en la llanura bajo el granizo súbito, entre una multitud de guerreros nativos; el Inca impasible casi bajo los cascos de las bestias; la camisa de Holanda y las dos copas de cristal de Venecia que estuvieron en manos de Atahualpa como regalo de Pizarro, antes de la traición; la noche que pasaron en vela los invasores viendo como un cielo estrellado las montañas titilantes de antorchas de los millares de guerreros incas; los brazos españoles entumecidos de matar alrededor del trono de oro y plumas; la cámara que se iba llenando de objetos de oro; los increíbles delitos por los que juzgaron a Atahualpa; el saqueo del Quzco; los combates por las escalas de la montaña. Es posible que me engañe la vanidad, pero tal vez no hubo en las Indias un testigo más fiel, aunque a distancia, de las cosas que ocurrieron en aquellos tiempos.

Hernando de Soto tenía su talante de príncipe y se cansó más temprano que nadie de la ambición de los Pizarro. Ante nuestros guerreros yo tenía el corazón repartido entre la admiración y el rechazo: tan valerosos eran los hechos que cumplieron, tan brutal la destrucción que obraron sobre un mundo que yo en mi corazón veneraba. Por los días en que llegué al Perú, De Soto había regresado a las Indias, pero nombrado gobernador de Cuba: nada lo atraía menos que volver a la tierra conmocionada por los Pizarro.

Iba listo a seguir los pasos de Cabeza de Vaca por las islas Floridas, y sé que por los meses en que nos arrastró el río más grande del mundo, él estaba descubriendo otro río casi igual en las llanuras polvorientas del norte.

Estas Indias no dejan de crecer ante nuestros ojos. De Soto se fue más allá de las mesetas de México, por las aguas del golfo de Fernandina, por islas cuyos bordes son los colmillos de los cocodrilos, y llegó a un reino tan extenso e indómito que ni siquiera el emperador se ha animado a creer en su existencia, aunque cada tanto tiempo esas praderas devoran sus expediciones.

Tú me recuerdas a De Soto, el capitán que le enseñó a jugar al ajedrez al prisionero Atahualpa. Lástima que terminó vuelto alimento de los peces en el gran río del Espíritu Santo, al que los indios llaman Mitti Missapi, un río inmenso, pero apenas un hermano menor de este otro río que buscas. Es bueno que sepas que otros tan valientes y poderosos como tú fueron derrotados por el espíritu de los ríos, en estas Indias que una vida no abarca.

4.

No se sabe quién va más extraviado

No se sabe quién va más extraviado, si el que persigue bosques rojos de canela o el que busca desnudas amazonas de guerra, si el que sueña ciudades de oro o el que rastrea la fuente de la eterna juventud: nacimos, capitán, en una edad extraña en la que sólo nos es dado creer en lo imposible, pero buscando esas riquezas fantásticas, todos terminamos convertidos en pobres fantasmas.

Ya que estamos en Panamá, voy a decirte algo que comprendí comparando las experiencias de mis viajes con los recuerdos de muchos viajeros. Quien estaba llamado a conquistar las tierras del Inca no era Pizarro sino Balboa, no sólo porque fue el primero en tener noticias de ese reino, sino porque él entendía mejor a los hombres y al menos sabía conquistar sin destruir. Era feroz y temerario, a la hora de la guerra era implacable, pero sin duda sabía distinguir entre la paz y la guerra, sabía respetar los pactos y reconocer la dignidad de los enemigos. Lo supe por mi padre y por Oviedo, y también en cierto modo por lo que le oí decir aquellas tardes a Hernando de Soto. Qué diferencia entre el arte político de un capitán que dialogaba en estos montes con los reyes indios, y la barbarie grosera de los Pizarro para quienes no era rey ni siquiera el emperador Carlos V. Pero aquí son los Pizarro los que se abren camino. Como si sólo nuestra barbarie pudiera abrirle camino a nuestra civilización.

Después de años de aventura, lleno de deudas y ambiciones, Balboa se había deslizado un día furtivamente en la nave de Fernández de Enciso, quien iba en auxilio de Alonso de Ojeda a las marismas peligrosas de San

Sebastián de Urabá, el primer caserío español de tierra firme. Balboa confiaba tanto en su perro que se ocultó con él en un barril, y ni un solo ladrido lo delató durante toda la travesía. Ya llegaban a San Sebastián cuando Enciso descubrió al polizón y a su perro, y quiso abandonarlos en una isla tapizada de serpientes, pero Balboa aprovechó cada minuto: en pocas frases le reveló su asombroso conocimiento del territorio, y antes de tocar tierra ya estaban los dos no sólo aliados para asistir a Ojeda sino confabulados para apoderarse de las tierras de Nicuesa.

Pero quien de verdad los esperaba era Francisco Pizarro, que no era aún ni la sombra de lo que sería. Ojeda lo había dejado al mando de unos pocos hombres, bajo un cerco de indios encolerizados, pidiéndole resistir cincuenta días a la espera de Enciso. Balboa sugirió trasladar el poblado a la región del Darién, en el golfo de Urabá, cuyos suelos y climas le parecían más propicios. Se embarcaron enseguida hacia el golfo, donde un cacique belicoso, Cémaco, les opuso las flechas de quinientos arqueros, pero los conquistadores invocaron a Santa María la Antigua, cuyo estandarte bordado traían desde Sevilla, y cuando la dama del cielo les concedió la victoria dieron su nombre a la ciudad que fundaron a la salida del golfo de agua dulce, en septiembre de 1510.

Balboa se exaltó en jefe de la nueva fundación; era el mejor conocedor de estas tierras y el más hábil negociador con los indios, y Enciso no supo a qué horas estaba recibiendo instrucciones de su subalterno. Intentó reaccionar, ser el jefe de nuevo, pero Balboa con una sonrisa le recordó que sus verdaderos dominios estaban en San Sebastián, al otro lado del agua, que ya sólo era el regente de un peligroso caserío abandonado. Aunque su reino fuera tierra perdida, el hombre insistía, de modo que Balboa lo destituyó por déspota, y todos sus soldados establecidos en cabildo lo nombraron a él alcalde de Santa María la Antigua del Darién, la ciudad blanca, la primera de un mundo, allá donde las largas playas están llenas de troncos retorcidos, de árboles que las tormentas descuajan en las selvas del sur y que arrojan y pulen en el golfo los remolinos de agua dulce.

Pero aquí, aun antes de ser conocida, toda tierra ya tiene su dueño. Si la región de Santa María no estaba bajo el mando de Ojeda y de Enciso, entonces era jurisdicción de Nicuesa. Cuando éste supo de los éxitos de

Balboa, y del oro que los adornaba, vino a castigar a los invasores y a imponerse sobre ellos, pero Balboa, que oía todo lo que se movía en la selva y el mar como si entendiera los informes de las gaviotas, lo esperó con la multitud amotinada, le impidió el desembarco como gobernador e incluso como simple soldado, y lo confió sin provisiones, con diecisiete acompañantes y en una barca decrepita, a la improbable clemencia del mar. Fue la última noticia que se tuvo de ellos.

Entonces Balboa se aplicó a la conquista del istmo. Enfrentó a los indios belicosos y saqueó sus aldeas, remontó las cumbres selváticas, vadeó los ríos torrenciales, afrontó los pantanos palúdicos, arrebató todo el oro que pudo a los pueblos, pero llegó a establecer firmes alianzas con algunos jefes nativos. Se ganó a Careta para el bando de Cristo e hizo que recibiera el bautismo, hizo retroceder a Ponca hacia las montañas, y más tarde se alió con Comagre, el jefe más poderoso. Desde allí avanzó por sierras tremendas, venciendo a unos jefes y ganándose la amistad de muchos otros. Y un día en que los españoles reñían entre sí repartiéndose el botín de uno de esos pueblos, Panquiaco, el hijo de Comagre, indignado ante tanta codicia, derribó furioso la balanza en la que pesaban el oro, y le dio a Balboa la noticia asombrosa que andaba buscando sin saberlo. El joven indio dijo en su ira que si lo que querían era oro, y si estaban dispuestos a afrontar tantas penalidades y obrar tantas destrucciones sólo para encontrarlo, él podía señalarles un reino donde había tanto, que no sólo las ciudades eran de oro sino los canales por los que corría el agua, las vasijas en que se servía el condumio y hasta las sillas donde se sentaban los muertos. Añadió que a ese reino occidental tendrían que llegar en barcos atrevidos sobre las olas, porque detrás de las serranías había otro mar.

Y Balboa sintió el vértigo para el que había sido engendrado. Mezclando cautela y audacia emprendió una nueva campaña con ciento noventa españoles, algunos indios y muchos perros de presa, primero al mando de un bergantín y de diez canoas indias, aprovechando en unos lados la confianza de los caciques, y en otros el miedo que infundían las jaurías, en las que se destacaba su propio perro, Leoncico, más inteligente y más fiel que muchos conquistadores, que tenía un collar de oro y afilados

dientes de sangre, y que recibía sueldo cada luna como un soldado más de las tropas.

En tierras de Careta se les unieron mil indios. Balboa cruzó en guerra las comarcas de Ponca, las selvas espesas y el poblado de Cuarecuá, y siguió su camino hasta el momento en que, sin haberlo visto todavía, sintió la cercanía del mar, sintió en el viento el olor agrio de las distancias y comprendió que se estaban abriendo en sí mismo, en sus entrañas, millones de aventuras. Creía que Pizarro, que iba con él desde San Sebastián, era su amigo; que Belalcázar era su amigo; que incluso era su amigo aquel Blas de Atienza, fornido y rubio y con cara de príncipe, que entró detrás de él, casi llorando, en las aguas espumosas del mar del Sur. Ese mismo día de grandes aguas Balboa comprendió que las aventuras del futuro esperaban en este mar occidental, y muy pronto se lo confirmaron los relatos de Andagoya, el primer explorador, y los cuentos de los indios, copiosos y agobiantes como lluvia en la selva.

No iba a ser fácil explorar los litorales, había que hacerlo con firmeza y paciencia, pero allí ocurrió algo que debía mejorar las cosas y en realidad las hizo más difíciles. Y es que no había pasado mucho tiempo cuando, comandada por Pedro Arias de Ávila, llegó la impresionante flota real, una ciudad de naves de conquista, que venía alentada por el descubrimiento del mar nuevo y por las riquezas grandes del istmo. Fue la primera expedición que se animó a fletar la Corona, y en ese enjambre de más de dos mil aventureros llegaban grandes señores de la corte como mi maestro Oviedo, fugitivos de sangre turbia como mi padre, aventureros como Gaspar de Robles y hombres más aviesos como el licenciado Gaspar de Espinosa.

Más largo que el relato de mi viaje resultaría explicarte cómo Pedrarias, el envidioso, Pizarro, el implacable, y Espinosa, el ambicioso, conspiraron la ruina de Vasco Núñez de Balboa, de modo que Pedrarias, su propio suegro, ordenó capturarlo, Pizarro, que se decía su amigo, lo tomó prisionero, y Espinosa, que quería sacarlo pronto del camino, lo juzgó y lo condenó a muerte. No porque hubiera cometido atropellos como jefe de tropas en Urabá, ni porque hubiera perseguido a Nicuesa, como ellos decían, sino porque ya se insinuaba como el jefe indudable que conquistaría los reinos del sur; porque mientras él viviera, los otros, violentos y

mediocres, hartos inferiores a él en conocimiento, en astucia y talento político, no lograrían emprender nada. Si quieres una prueba mejor, fue Pizarro, el apresador de Balboa, quien conquistó los reinos del Inca, y lo hizo con la financiación de Espinosa, el verdugo de Balboa, mientras Almagro y Luque, los socios que aparecieron después, serían traicionados a su debido tiempo.

Dirás que soy ingrato con Pizarro, el jefe militar de mi padre, pero yo sé lo que te digo: los hombres valientes son demasiado confiados y los traidores son demasiado engañosos; el rey y el papa están muy lejos, y dedicados a sus propias rapiñas, para imponer aquí de verdad la ley de Dios o de la Corona; esta conquista sólo se abre paso con crímenes y muy tardíamente intenta redimirse con leyes y procesiones. Aquí sólo triunfan los peores. La Corona acepta que avancen con saqueos y masacres, y después llega a ocupar lo conquistado y a tratar de castigar a los criminales que lo hicieron posible.

Somos apenas instrumentos de los poderosos, peldaños para escalar el poder de los reinos, espadas para descabezar a sus enemigos, guardianes de sus cárceles, centinelas de sus palacios, obedientes administradores de sus rentas, y ante los grandes jefes nadie puede perfilarse como un rival por su talento o por su fuerza. Los mansos no heredan esta tierra, más bien han sido los primeros en perderla. Basta pensar en el pobre poder que tienen las flechas contra las armaduras, los venablos contra las espadas y los dardos de las cerbatanas contra el salivazo de los arcabuces y el trueno de los grandes cañones. Hasta los violentos moderados van siendo desplazados por otros más salvajes, y es por eso que la recompensa de mi padre no llegó jamás a sus manos ni a las mías.

5.

Si he aceptado contar otra vez cómo fue nuestro viaje

Si he aceptado contar otra vez cómo fue nuestro viaje es sólo para convencerte de que no vayas a esa expedición que estás soñando. Lo que viviste en tierras de panches y de muzos, de tayronas y muiscas, es poca cosa al lado de las penalidades que encontrarás por estas selvas. Dices que es muy posible que por el reino de las amazonas pueda entrarse también al país del Hombre Dorado, pero yo que estoy harto de verlas te digo que esas tierras están hechas para enloquecer a los hombres y devorar sus expediciones.

Sí: nosotros sobrevivimos, pero fue sin duda una excepción. Siempre vuelvo a preguntarme cómo es posible que tantos hombres sobreviviéramos a un peligro tan extremo, y a lo mejor tienen razón los indios cuando dicen que la selva piensa, que la selva sabe, que la selva salva a los que quiere y destruye a los que rechaza. No importa que todo esto te parezca locura: esa locura debería demostrarte que nadie sale indemne del río y de la selva que lo ampara.

Pero yo puedo explicar de otro modo esa convicción de los indios: nosotros en la selva necesitamos armaduras, cascos, viseras y miles de cuidados, para protegernos de los insectos, de las plagas, del agua y del aire. Vemos amenazas en todo: serpientes, peces, púas del tronco de los árboles, ponzoña de las orugas vellosas, y hasta en el color diminuto de los sapos de los estanques; pero a la vez comprobamos que los indios se mueven desnudos por esa misma selva, se lanzan a sus ríos devoradores y salen

intactos de ellos, parecen tener el secreto para que la selva los respete y los salve.

No es que la selva los ame, no es que la selva sepa que existen, más bien es lo contrario: que todos procuran no ser sentidos por ella, Se desplazan de un sitio a otro, no derriban los árboles, no construyen ciudades, no luchan contra la poderosa voluntad de la selva sino que se acomodan, respiran a su ritmo, son ramas entre las ramas y peces entre los peces, son plumas en el aire y pericos ligeros en la maraña, son lagartos voladores, jaguares que hablan y dantas que ríen.

La selva los acepta porque ellos son la selva, pero nosotros no podremos ser la selva jamás. Mírate a ti mismo: tan gallardo, tan elegante, tan refinado, un príncipe que no se siente hecho para alimentarse de gusanos y para beber infusorios en los charcos podridos. Ellos podrán mirar con amor estas selvas, pero para nosotros son una maraña de la que brotan flechas envenenadas, aunque quizás no haya sido así siempre, quizás es sólo nuestra presencia lo que hace brotar tantas flechas. Nosotros tenemos que protegernos de la selva, tenemos que odiarla y destruirla, y ella lo advierte enseguida y vuelve en contra nuestra sus agujones, cientos de tentáculos irritantes, miles de fauces hambrientas, y miasmas y nubes de mosquitos y pesadillas.

Es porque la conozco que te digo que no pienso volver. Después de atravesar sus dominios tardamos mucho en volver a ser nosotros mismos, nos persiguen sus aullidos, sus zumbidos, su niebla, una humedad que reptas por los sueños, que invade las casas donde dormimos aunque ya nos encontremos en ciudades remotas. Estarás a salvo en el día, pero en la noche, alrededor de tu sueño, crecerán follajes opresivos, sonarán cascadas y arroyos, rugirán cosas ciegas en los tejados de las torres, el aire de las alcobas se llenará de vuelos fosforescentes y de cosas negras con hambre, cosas que afilan sus dientes en la tiniebla.

Y lo peor es que los hombres mismos se vuelven feroces en contacto con esas ferocidades. La selva despierta en tus colmillos al caimán y en tus uñas al tigre, hace ondular la serpiente por tu espinazo, pone amarillos ávidos en tus pupilas y dilata por tu piel recelos como escamas y espinas. Los amigos se vuelven rivales, los hermanos se hieren como erizos que

quisieran acompañarse, los amantes se devoran como la mantis religiosa en la cópula. Y esto lo digo de nosotros, no de los indios, que saben vivir esa condición con otros sueños y otros rezos, porque pertenecen a ese mundo y están comunicados con él. Nosotros, llenos de ambición y enfermos de espíritu, no podemos convivir con la selva, porque sólo toleramos el mundo cuando le hemos dado nuestro rostro y le hemos impuesto nuestra ley.

Pero ya veo que no quieres que me aparte más del relato que esperas. Deberías aprender que en todo lo que llega a los oídos hay lecciones que pueden ser definitivas. Yo he aprendido aquí a no desdeñar ni un relato, ni una historia casual. Quién sabe en qué trino de pájaro o en qué frase balbuciente de esclavo está el secreto de nuestra salvación. Y hay ejemplos, lecciones y experiencias que no debe descuidar nadie que aspire a emprender aventuras en estas tierras que respiran enigmas.

Tal vez podrías cumplir hazañas memorables, si todavía quedaran reinos como los ya descubiertos, pero otra vez te juro que te engañas si piensas que las selvas a las que yo bajé pueden ser conquistadas. Decir que uno es su dueño o decir que uno no es su dueño es exactamente igual, no significa nada. Dios dudaría en decir que es dueño de la selva, y pienso que más bien preferiría confundirse con ella.

Un bosque debe tener ciertas dimensiones para ser la propiedad de un hombre, un país ciertos límites para ser el dominio de un príncipe, un río cierto caudal para ser aprovechado y gobernado. Por encima de esos límites toda región del mundo sólo obedece a sus dioses. Los faraones no intentaron avasallar el desierto, los mongoles no se atrevieron con el Himalaya; Europa puede retacearse en reinos humanos porque es pequeña, un mundo en miniatura, porque allí no hay verdaderos desiertos ni verdaderas selvas, y por ello se ha acostumbrado a llamar bosques a sus jardines y selvas a sus bosques. Lo único verdaderamente salvaje que produce la tierra europea son sus hombres, capaces de torcer ríos y decapitar cordilleras, de hacer retroceder las mareas y de reducir a ceniza sin dolor las ciudades, y sólo por eso hasta quisiera verte midiendo la voluntad de tu sangre con la fuerza del río, el poder de tu brazo con los tentáculos de las arboledas inmensas.

Ahora puedo seguir con mi relato.

Los otros veteranos de la conquista eran ya a mi llegada al Perú poderosos encomenderos más difíciles de encontrar que el tesoro. No querían saber de solicitantes; mencionar a mi padre antes que abrir las puertas parecía cerrármelas, como si esa sombra de un difunto viniera a perturbar el disfrute de sus bienes. Los hermanos de Pizarro estaban empeñados en apoderarse de todo lo restante. Hernando acababa de llevar a España un nuevo tesoro para el emperador, pero allí, después de recibir el tributo, las potestades le cobraron con cepos dentados y prisión duradera el asesinato de Almagro. Quedaba en las Indias Gonzalo, con ojos fijos de centinela y oídos alertas para descubrir reinos silenciosos y riquezas secretas.

Cuando supe por fin que mi padre había alcanzado a militar en las filas de Pizarro contra Almagro, me atreví a merodear por las casas grandes de Lima. Logré acercarme a Nicolás de Púbera, señor de la gran encomienda de Jauja y tesorero de Pizarro desde el primer día. Por años su cargo había sido una ilusión, pues no había tenido nada que administrar: pero llegada la hora vio correr por sus manos un increíble río de oro. Recordaba a mi padre, me juró que había sido su amigo, y tenía clara conciencia de que una parte del tesoro de Quzco nos correspondía.

«Por desgracia tu padre murió antes del reparto», me dijo. «Yo alcancé a calcular la porción del tesoro que sería suya, pero lo atrapó el derrumbe de la mina sin que hubiera declarado a quien transferir sus bienes, y el oro pasó a la gobernación, a las manos del marqués don Francisco. Justo por esos días yo recibí mi encomienda y abandoné el cargo de tesorero. Ya sólo la familia Pizarro puede responder por tu herencia, y puesto que Hernando está en España, y tardará mucho en volver, ahora es Gonzalo quien administra el tesoro y define las empresas. Desde la muerte de tu padre, muchacho, han pasado los años, y aquí nadie sabía de tu existencia».

No me quedaba más remedio que hablar con el marqués, pero tú sabes, tú has aprendido en carne propia qué difícil es para un muchacho sin rumbo entrevistarse con las potestades de un reino donde incontables conflictos respiran cada día fuego vivo. Y fue el Demonio de los Andes quien primero me habló del viaje que se preparaba. Hombres de la guardia de Gonzalo Pizarro estaban bebiendo esa tarde en una madriguera a la que llamaban

pomposamente La Fonda de la Luna, una enramada sobre los arenales calurosos en las afueras de la Ciudad de los Reyes de Lima. Muchos capitanes habrían negado simplemente la herencia, pero mi padre tuvo buenos amigos en la tropa y ese escamoteo podía producir algún malestar.

Aquella tarde yo buscaba a Gonzalo Pizarro y no pude encontrarlo, pero conseguí hablar con Francisco de Carvajal, el único de los bebedores que no estaba borracho. Tenía por lo menos setenta años pero era corpulento y temible, y a pesar de su edad bebía con los soldados, hartos menores que él. Parecía resumir en su rostro y su cuerpo la memoria de muchos sitios: tenía mil historias que contar, pero sus crueldades eran incontables. Me asustó verlo, porque tenía fama de ser el mismo diablo, pero esa tarde no parecía respirar azufre. Sólo por relatos pude saber después qué clase de diablo subalterno era, y qué papel jugaba frente a diablos más poderosos y más altos. También había conocido a mi padre y parecía apreciarlo. Cuando por fin me atreví a mencionar los ducados de mi herencia, me dijo con una risotada que todo el oro de Quzco se estaba invirtiendo en una expedición hacia el norte.

Por las plazas ya empezaban a oírse rumores de aquella expedición, pero sólo allí lo supe con certeza. Sentí ante el viejo lo que sentirá el ratón conversando en la noche con el gato. Me preguntó mi edad, y cuando le dije que tenía diecisiete años opinó que ya estaba pasado de alistarme en la tropa. «Si eres bueno para matar indios, tal vez Gonzalo te lleve a buscar el País de la Canela». Abandonó su aire amenazante, y me arrojó una moneda de contorno irregular pero reluciente de plata, un real de a ocho que tenía por una cara el escudo de armas de Aragón y por la otra una cruz con dos torres y dos leones en los cuarteles.

Acostumbrado a pagar con piezas endebles de metal que se doblaban al menor esfuerzo, mucho antes de conocer los táleros de Austria y los gúldiners del duque Segismundo, aquella fue la primera moneda de verdad que tuve en mi vida, y el hecho es tanto más notable cuanto que sólo conozco historias de Carvajal arrebatando monedas, y el mío es el único caso en que haya regalado una. La moneda resonó sobre la mesa húmeda de vino, y yo recordé unidos desde entonces el destello de la pieza de plata y el nombre de ese país que el Demonio de los Andes casi me había prometido.

Ya sabía a qué atenerme: o iniciaba un litigio por años ante los tribunales de ultramar para obtener lo que me debían, o aceptaba ir a hacer valer mis derechos en la expedición y reclamar mi parte en lo que se descubriera.

Finalmente logré ser recibido por el propio marqués Francisco Pizarro, que no olvidaba a mi padre entre los doce rostros que se quedaron para siempre a su lado. Me trituró en su abrazo y habló con agitación de los antiguos padecimientos. Para mí ese hombre era a la vez la causa última de mis desgracias y la puerta final de mis esperanzas. No sabía qué pensar de él: en su rostro duro de tirano había como un ascetismo de mártir; en su cuerpo vestido de lujo, el desamparo de un tronco a la intemperie; en su voz de humano se sentían el gruñido del cerdo y un rumor de aguas tormentosas. Parecía conmovido por el encuentro, juró que yo era un hijo para él, y al cabo de tanto aspaviento sólo obtuve un papel firmado con una cruz de bárbaro pero refrendado por lacre ceremonial, que conservé mucho tiempo, donde se reconocía la parte de mi padre, Marcos de Medina, conquistador de Quzco, prefecto de Lima y jefe de encomiendas de Ollantaytambo, y sus derechos sobre los bienes que se obtuvieran en la expedición que saldría hacia Quito a buscar la canela, lo mismo que mi condición de heredero de esos derechos.

Todavía pasó un año antes de que pudiera ingresar en la tropa. Cuando por fin entré, ya comenzaban los preparativos.

6.

Vas tras una ciudad imponente y encuentras una tumba

Vas tras una ciudad imponente y encuentras una tumba llena de reproches, persigues un bosque de maravillas y desembocas en un río de amenazas, buscas un tesoro de metales y te detienen unos labios de piedra. Vives hallando cosas sin descanso, pero lo que encuentras no se parece a lo que buscas. Tal vez en este mundo nada es lo que parece, y la verdad de las cosas tiene que ser revelada a nuestros sentidos por los dioses o por sus enviados. Dicen los indios que hay virtudes de las plantas que sólo conocen las plantas, y dicen los alquimistas que hay secretos de los metales que sólo nos darán las estrellas.

No sé por qué nos invadió por siglos ese afán misterioso de transformar todas las cosas en oro. En un sótano de Lieja, hace tiempo ya, alguien me dijo que llegar a la clave de muchos poderes del mundo requiere iniciación y revelación. Allí me enteré de que legiones de magos, encerrados en sus gabinetes, intentaron siglo tras siglo encontrar el secreto del oro escuchando el susurro de los planetas e interrogando la rosa de los números. Fueron los árabes quienes nos enseñaron a dibujar esos signos, cuya magnitud va creciendo a medida que aumentan sus ángulos. Pero los alquimistas no se limitaron a enumerar el mundo: miraban el abismo de las proporciones, exploraban la selva de las equivalencias, cambiaron el arte médico de los algebristas, que vuelven a poner cada hueso en su sitio, en un refinado arte de equilibrios, que juega a descubrir magnitudes ocultas.

También yo gasté mis años tratando de aprender la ciencia de los números y su relación con metales, planetas y animales. Hombres que se escondían para pensar y que veneraban estrellas me enseñaron que el uno es el ser y la unidad, que el dos es la generación y el encuentro, que el tres es la complejidad y la dispersión, que el cuatro es el equilibrio y la perpetuación, que el cinco es la ramificación y la estrella, el seis la simetría y el secreto de la conservación, el siete la disonancia y el principio de la virtud, el ocho la infinitud y el arte de la repetición, el nueve la armonía por la cual todo está en cada parte, y el cero la desmesura y el secreto del vacío del mundo.

Pero nunca pude obtener de esas fórmulas un poder efectivo: se requieren mucho más que nociones para que la magia obre en las cosas. Me quedé sin saber lo que revelan al que sabe escucharlos el trote del unicornio, la regeneración del fénix, el vuelo alto del cisne, la cadencia del león, la fuerza invasiva del sol negro, la laboriosidad de la abeja, el temblor de la rosa de siete pétalos, la danza de fuego de la salamandra, el giro tornasolado del pavo real y el graznido del águila de dos cabezas. No alcanzaron mi paciencia o mi sabiduría para producir transmutaciones con lo que los sabios que mezclan las sustancias llaman condensación, separación, incremento, fermentación, proyección, solución, coagulación, exaltación, putrefacción y calcinamiento.

Sólo sé que, de pronto, el oro que estaban a punto de alcanzar las manos maravilladas de los magos en Córdoba y en Brujas, en Budapest y en Praga, apareció en el mundo por otro camino. Detrás de los mares, en estos templos del Nuevo Mundo, cubriendo las cabezas de los guerreros, perforando sus narices, sus labios y sus lóbulos, tañendo sobre sus pechos y sus vientres, todo el oro que invocaron los nigromantes deslumbró de repente los ojos de otros aventureros. Tú mismo, sin hallar todavía tu tesoro, habrás visto más oro que el que vieron todas las generaciones de tus abuelos.

Esta es la edad de la riqueza. Oro de filigrana sobre las balsas muiscas, plata pulida de los chichimecas, collares de esmeraldas sobre los pechos desnudos, socavones riquísimos del Potosí, densos hilos de perlas en torno a las piernas de los cumanagotos: la riqueza tiene todas las formas, pero

ninguna para mí más extraña que esa corteza roja que altera las bebidas y da a los alimentos una dulzura exótica. La canela: oro, sí, pero astillado en aroma, el túmulo de leños que hace siglos borraba en sus humaredas los palacios del Tíber, cuando, para despedir a su emperatriz muerta, Nerón hizo quemar sobre las plazas de Roma toda la cosecha que Arabia había producido en un año.

Fue en las terrazas saqueadas del Quzco donde Gonzalo Pizarro oyó por primera vez hablar del País de la Canela. Él tenía como todos la esperanza de que hubiera canela en el Nuevo Mundo, y cuando pudo dio a probar a los indios bebidas con canela, para ver si la reconocían. Un día, indios de la cordillera le contaron que al norte, más allá de los montes nevados de Quito, girando hacia el este por las montañas y descendiendo detrás de los riscos de hielo, había bosques que tenían canela en abundancia. Sé que los indios no pudieron haberle descrito todo con exactitud, porque las dificultades de comunicación eran muchas, pero Pizarro adivinó las arboledas rojas de árboles leñosos y perfumados, un país entero con toda la canela del mundo, la comarca más rica que alguien pudiera imaginar. Buscando canela habían venido las tres pequeñas barcas del comienzo, a las que me parece ver diminutas en el pasado, como tres cascarones de nuez embanderados por un niño y arrojados sobre un azul sin bordes, pero hasta entonces la canela del Nuevo Mundo no había aparecido.

Cuando nos hablaron del País de la Canela escribí a mi maestro Oviedo pidiéndole información sobre el árbol prodigioso, y él en su carta me contó todo lo que había llegado a saber a lo largo de muchas décadas sobre esas especias que siguen siendo nuestro desvelo. Ya es una buena prueba del afán que tenía Europa por salir de sí misma, buscando un cielo nuevo y una tierra nueva, esa fascinación por todas las sustancias que llegan de lejos. Más valioso que cuanto se produce en su mundo cristiano ha terminado siendo para Europa todo lo exótico: sedas tejidas con capullos de oruga, que los genoveses traen desde hace siglos por un camino que se rasga en las fronteras de China en dos rutas distintas: la fría y desolada de Fergana, y la ardiente de Bactria por los desiertos del sur; y también las porcelanas, las perlas y las piedras brillantes, que descargan los juncos livianos en los muelles de Málaga, y esas especias aromadas que enloquecieron al mundo:

la pimienta, el jengibre, la menta, el cardamomo, la nuez moscada y el comino, el anís, la canela.

Olores y sabores que parecen tener un mundo en ellos, traen las especias como un soplo de músicas insinuantes, de serpientes que ascienden de sus cestas de mimbre, danzas salaces entre las humaredas. Esa pimienta negra y verde y roja de la India, el placer de los portugueses, que se cosecha en las costas malabares, que acarrean caravanas de camellos hasta Trebisonda, hasta Constantinopla y Alejandría, y que los pálidos comerciantes de Amberes distribuyen por todo el imperio. O esa nuez moscada, que se apreciaba tan poco cuando era sólo un remedio contra la flatulencia y el resfriado, pero que empezó a llegar en grandes cargamentos cuando los médicos de Holanda descubrieron que era el remedio final contra la peste. O el cardamomo digestivo que se acumula en las bodegas de Ormuz. O esos barcos cargados de clavo de olor que vienen de las islas Molucas, y que los galeones españoles compran en alta mar a los chinos.

Pero sobre todo la canela, el cinamomo de Ceylán, ese perfume de victoria y rocío, que según dijo Heródoto, crece en lugares inaccesibles protegido por dragones o duendes. Oviedo me contó que los sacerdotes de Egipto la utilizaron para embalsamar cadáveres y para agravar hechizos, pero las gentes ricas de España la usan para aromar los alimentos que tienden a dañarse, cuando no para fabricar jabones y ungüentos, o pócimas que dan energía sexual. Es tanta la fascinación por las sustancias lejanas, que algún día se apoderará del gusto de Europa el qahwa, negro como la noche, que beben en infusión en Turquía y en Siria, y que espanta el sueño de los viajeros venecianos.

Cuando corrió la voz de que lo que nos esperaba tras las montañas no era un pequeño bosque sino todo un país de caneleros, el delirio dominó a los soldados. Todos creyeron, todos creímos a ciegas en el País de la Canela, porque alguien había contado que ese país existía y centenares de hombres necesitábamos que existiera. Cada día Pizarro nos repetía que fue buscando canela y no oro, como llegó Colón al Nuevo Mundo. Por fin se iba a cumplir el sueño de los descubridores: después de tantas guerras y penalidades, un tesoro más fabuloso que todo lo visto hasta entonces estaba esperando por nosotros.

A mi edad no importaba tanto la riqueza: yo iba buscando algo que se me debía por justicia, pero viví con toda la certidumbre de que seríamos ricos. Otras cosas embriagaron mi imaginación: sin duda recorreríamos comarcas donde el viento olía a canela, donde los árboles no ofrecían frutos a la avaricia humana sino troncos encendidos que se descascaraban en leños de aroma. Hasta llegué a pensar que los secretos habitantes de aquel país harían casas perfumadas, barcos dejando estelas de aroma sobre los ríos escondidos. Yo había leído en los viejos poemas latinos que me enseñó mi maestro Oviedo, que los hombres de Samotracia fabricaban navíos de sándalo.

Pero, según los informes de los indios, el terreno sería difícil, los bosques estaban muy lejos y la comarca poblada de tribus guerreras. Había que prepararse para una violenta travesía.

7.

Para entender la caída de los incas

Para entender la caída de los incas no basta pensar en la ferocidad de los invasores. También hay que saber que el imperio había estado unido desde su fundación, y que sólo a la muerte del inca venerable Huayna Cápac se repartió entre sus hijos en dos partes distintas: el reino grande del sur, cuya capital era Quzco, que le fue entregado a Huáscar, el heredero por tradición, y el reino del norte, que le correspondió a Atahualpa, el hijo preferido del rey.

Huayna Cápac era hijo de Túpac Inca Yupanqui y nieto del gran Pachacútec, a quien veneran los incas como el noveno de los reyes y el más grande de todos, porque recibió del Sol los dones de expansión, claridad y renovación, y por ello engrandeció el reino de Wiracocha, su padre, y cubrió con sus leyes la cara arrugada de las montañas, y dio nuevos propósitos a un mundo sembrado sobre ruinas de mundos. Después se había sentado para siempre en el templo del Trueno.

La división del poder no sólo se debió al amor desmedido que Huayna Cápac sentía por Atahualpa, sino a la decisión de extender por el norte el imperio más allá de las gargantas inclementes del Patía, donde pueblos aguerridos se resistían a su avance. No tardaron en aparecer discordias entre los hermanos por alguna franja de tierra, y después de un día de eclipse en que el Sol tuvo dos colores, la rivalidad tomó alas de guerra, y Atahualpa, más audaz y belicoso, derrotó a Huáscar y lo redujo a prisión. En esa guerra estaban, el Sol contra el Sol y la montaña contra la montaña, cuando aparecieron diminutas por el occidente a la vista indignada del dios las

tropas fieras de Francisco Pizarro y avanzaron desde el litoral y remontaron la cordillera, hasta que finalmente urdieron su emboscada en la gran plaza rectangular de Cajamarca.

Cada vez que miro ese episodio de sangre, como en el espejo mágico de Teofrastus, veo otra cosa. Huáscar murió estando cautivo de las tropas de Atahualpa; Atahualpa murió estando cautivo de los soldados de Pizarro, y quien supiera leer en los signos del tiempo podría ver a la muerte atenazando a los reyes y pisoteando los reinos con una furia desconocida. Muchos dicen que el astro de Quzco, Huáscar, murió por orden de Atahualpa, a quien también la muerte le venía pisando los talones, pero lo cierto es que los dos soles del imperio sufrieron uno tras otro un eclipse del que ya no se repondrían.

Pizarro hizo sepultar a Atahualpa en los propios llanos de Cajamarca, pero sé que sus súbditos lo desenterraron y emprendieron una peregrinación luctuosa por las montañas. No se entierra a un emperador como a un animal de los caminos: todo su pueblo se levantaba en las noches para rendir honores a aquel sol apagado, el cortejo enlutó las montañas, y músicas y llantos recorrieron el firme camino de piedra por el que antes los mensajeros llevaban en seis días las órdenes imperiales de un extremo a otro de sus dominios. Si ya no se podía llevar al muerto glorioso a sentarse con sus abuelos a las mesas de oro de Quzco, al menos tendría en Quito su refugio hasta el día en que su sangre, fertilizada por los años, lo hiciera surgir de la tierra de nuevo y volver a reinar sobre un mundo regenerado. Y ya que lo preguntas, nadie supo después dónde quedaron las cenizas del Sol.

Por ese camino avanzó Belalcázar más tarde, enviado a tomar posesión de las provincias del norte, y librando duros combates con Rumiñahui, el gran general que estaba recogiendo y concentrando la tardía respuesta de los guerreros incas. Tras semanas de calzadas junto al abismo y puentes sobre el vértigo, llegaron a un templo que mantenía intactos su riqueza y sus cultos, y era la morada de más de mil quinientas mujeres de todas las edades, desde ancianas que oficiaban rituales antiquísimos, hasta muchachas púberes que intentaban en tiempos de eclipse mantener la dignidad y la majestad de su oficio. Eran las vírgenes del Sol, dedicadas al

culto del dios celeste, y aunque por su lujo y sus severos rituales daban la sensación de ser únicas, eran apenas una de las muchas comunidades de mujeres entregadas al culto. Otras fueron llevadas, según me contaron los indios, a ciudades secretas en los peñascos, donde anidan los cóndores, y donde hay ventanas de piedra para contemplar las estrellas.

Ese fue el camino que tomamos para ir a buscar la canela. Después del cortejo de la muerte el cortejo de la guerra, y ahora venía el cortejo de la ambición. Tres caravanas que iban siguiéndose a través de los años por el mismo camino: primero el hondo desfile nocturno de músicas de duelo del cortejo fúnebre, con sus pendones negros y rojos; después el tropel de espadas y arcabuces de Belalcázar, con su reguero de sangre y su rastro de cráneos y fémures; y después nuestra larga procesión de hombres y de bestias, que iba buscando hacia el norte las escalas de la montaña.

Yendo hacia Quito, Pizarro tomó la decisión de visitar la ciudad de Guayaquil, donde desemboca uno de los pocos ríos de la cordillera que escapan al llamado de la serpiente. Esta ciudad, fundada por Belalcázar y destruida por los indios, había sido refundada por Francisco de Orellana, famoso por su suerte en los negocios y por haber perdido un ojo en un combate por los litorales. Había sabido prosperar a la lumbré de los cuchillos que enfrentaban a los conquistadores, recibió a Pizarro con cortesía, y se mostró dispuesto a renunciar al gobierno de la ciudad y dejarla bajo su mando si el capitán lo demandaba. Pero Gonzalo no tenía interés en quedarse gobernando una población húmeda y fatigosa, calcinada por las brasas del mar del Sur. Llevaba los ojos y los labios demasiado llenos de la fiebre de la canela como para prestar atención a otra cosa. De modo que en vez de entusiasmarse Pizarro por la ciudad de Orellana fue Orellana quien se contagió con nuestra expedición, y tomó la decisión de alcanzarnos muy pronto. Le pidió a su primo que lo esperara, pero habría sido más fácil pedirle al río que detuviera por unos días su descenso hacia el mar: Pizarro ordenó retomar el camino, y atrás quedó Orellana vendiendo de prisa sus cosas para financiar su campaña y sumarse finalmente a la nuestra. Tierras que serían impenetrables en otras condiciones iban a ser franqueadas por la expedición que Pizarro había organizado, y sobre todo

sus armas y sus provisiones eran la promesa de un éxito que de otro modo sería impensable.

Quito fue ciertamente una puerta de sueños para el viaje. Nunca oímos tantas historias, ni tan increíbles, como en esos días en que esperábamos que finalizaran los preparativos. Pizarro iba y venía, resolviendo millares de asuntos, había un nerviosismo en la atmósfera, una expectativa de cosas grandiosas, y también un recelo. Mirábamos la cordillera que sería nuestra escala hacia el tesoro, las lomas secas que allá en lo alto tienen peñascos en forma de muelas del diablo, como si miráramos una muralla invencible, veíamos la sequedad de esas tierras fatigadas por el viento del oeste y no imaginábamos qué podía haber más allá.

Abajo se abría un gran valle con escasas arboledas, antes de comenzar los peñascos. Nos reuníamos en la zona central de la ciudad, donde estaban la mansión de Belalcázar, recién construida, y un templo en homenaje a la Virgen al que también entraban los indios con ofrendas. En las plazas había danzas incaicas que los señores no se animaban a dispersar, para no acabar de crear un clima de tensión con los nativos. Un viejo nos contó que la Virgen que veneraban los españoles era una diosa india desde siempre, la señora de arcilla de las montañas, que tenía alas como los pájaros y un penacho de coya inca en la frente. La diosa ayudaba por igual a indios y a españoles, hacía fértil para todos el suelo de los montes, que pisan día y noche apacibles llamas y vicuñas, y estaba de luto por Atahualpa pero no guardaba rencor a quienes lo mataron, porque la montaña es más generosa y más grande que los hombres, y también a veces hace cosas ciegas, como arrojar llamas por sus pezones de piedra, como hacer cruzar lenguas de rayos por el cielo aborascado, como traer en vuelo temible las bandadas de cóndores que presagian cambios turbulentos.

No habíamos visto pasar ningún vuelo de cóndores, pero nuestro ánimo oscilaba entre los grandes entusiasmos y los presentimientos sombríos. Al calor de la hoguera en la plaza central, el jefe indio nos dijo que para curarse de los malos presagios no había otro remedio que la música, e hizo venir un grupo de flautistas que, acompañados por quenás y tambores, pretendían conjurar nuestros temores. Un andaluz sonriente, Melchor Ramírez Muñoz, les preguntó por qué la música inca era tan triste, pero

ellos no aceptaron la pregunta. Dijeron que aunque los árboles no ríen, nadie puede decir que están tristes. Que tal vez los árboles sólo están meditando, y rememoran las lunas que han visto, o los cuentos que susurra el viento en las ramas, o los recuerdos de los muertos. «No es triste la selva cuando se oscurece, ni el jaguar cuando ruge, ni la llama cuando mira la blancura de las montañas», dijo.

Y fue esa misma noche cuando le pregunté a uno de esos hombres de cobre, cubierto con un turbante de muchos colores, qué tan lejos estaba de Quito el país de los caneleros, y para mi asombro me contestó que no había tal cosa, que en estas tierras los árboles son todos distintos y que él no había oído jamás de un bosque donde todos los árboles fueran iguales. «Si eso es lo que esperan encontrar, se nota que no saben nada de la tierra. Estas montañas no son terrazas de cultivo», añadió, «donde abundan el maíz y la papa por un esfuerzo de los cultivadores». Añadió que la tierra no sabe demorarse en un solo pensamiento y que detrás de las montañas lo que estaba era el reino de la gran serpiente, pero que ni siquiera los indios conocían su extensión, porque aquel país, más grande que todo lo imaginable, era el bosque final, brotado del árbol de agua. Dijo que la serpiente dueña del mundo no tenía ojos, de modo que nadie podía saber dónde estaba su cabeza ni dónde su cola, y que por eso iba a veces hacia un lado y a veces hacia el otro.

A mí me afectaba esa manera de hablar. Recordé los relatos de Amaney, contando cómo el mar inmenso está guardado en una caracola, cómo el cielo lleno de ramas es a veces la casa de los animales, y cómo los trazos luminosos en la playa son las huellas que va dejando la noche al caminar. Aquella noche en el frío de Quito me dormí recordando a mi nodriza casi con remordimiento, viendo en sueños que sobre el mar de mi infancia brotaban lunas grandes del color de las perlas, y oyendo decir a una voz desconocida en el sueño que cuando llegaron las últimas guerras la Luna se fue haciendo negra y roja como el ojo de un buitre.

8.

Gonzalo Pizarro era el tercero

Gonzalo Pizarro era el tercero de una familia de grandes ambiciosos. Buitres y halcones a la vez, sus hermanos Francisco, Hernando y Juan, con una avanzada de hombres tan rudos como ellos, se habían bastado para destruir un imperio. Tuvieron el privilegio de ver el reino de los incas en su esplendor, cuando los viejos dioses vivían. Encontraron por esas cordilleras caminos empedrados más firmes que las rutas de Italia, puentes anudados sobre el abismo, sendas con señales que indicaban el rumbo a los viajeros sobre el hombro luminoso de la montaña. Vieron hombres con grandes joyas en las orejas cultivando en terrazas escalonadas cientos de variedades de maíz, manzanas de tierra de todos los tamaños y colores, quinua más nutritiva que el arroz gris de las praderas del Asia. Vieron procuradores envueltos en mantas finas de ocre y de granate que gobernaban con un saber antiquísimo los grandes cultivos. Los vieron enterrar en los cimientos de las fortalezas, para neutralizar a los poderes subterráneos, fetos translúcidos de llama, a cambio de los niños que se ofrendaban en los tiempos antiguos. Y vieron pasar en cortejos ceremoniales, bajo un palpitar de tambores y en un viento de flautas, mujeres cuyas miradas altivas las hacían parecer reinas a todas, hasta cuando los truenos de Cajamarca mordieron el orgullo de las ciudades y empañaron el resplandor de las miradas.

Para entender a esos hombres de Extremadura, que fundidos a sus potros enormes fueron capaces de dar muerte a un dios, tenemos que pensar en la dureza de la vida en España cuando no se ha nacido en cuna de príncipes. De cuantos cruzaron primero el océano, Francisco Pizarro era el

más brutal y el más ambicioso: yo siento que en él convivían el toro y el cerdo, el romano y el vándalo. Tú vienes de un linaje de guerreros, pero basta mirarte para saber que en ti no sólo hay sangre de soldados sino sombras de letrados y artistas. Desde el fondo de tu mente se alcanzan a ver las paredes de la ley, y está el freno de Dios en tu mano. Pero había qué ver a los Pizarro para entender lo que se dice de tantos guerreros extremeños y de los duros tercios de España: que gentes de su sangre cazaban bisontes en la aurora, que pintaban con sangre sus cacerías en el interior de las grutas, que desencajaban con sus propios brazos las mandíbulas del Jabalí bajo los encinares sangrientos. Unos vinieron de Roma vestidos con togas ceremoniales pero se descubrieron salvajes en los pedregales de Iberia; otros bajaron de naves que tenían velas rayadas de blanco y de rojo, trayendo vinos y gallos fenicios; otros cruzaron los desiertos envueltos en túnicas negras, cabalgando desde el fondo gris del amanecer con sus melenas aceitadas en grasa de muertos y sus lanzas adornadas de cráneos, cuando unos reyes amarillos clausuraron los cielos de Oriente. Y todavía después esos hombres fornidos habían crucificado cerdos y brujas, habían fatigado sus brazos flechando mezquitas y decapitando infieles bajo las nubes negras de Jerusalén, esparcieron las entrañas de los herejes entre un viento de aullidos y cuartelaron los cuerpos de sus hijos pequeños bajo el hormigueo de los cuervos. No traían libros ni rezos en la memoria sino riñas de yeguas y de lobos, negras carnicerías bajo los planetas helados del amanecer, ritos obscenos ante las ruinas de mármol de las ciudades, y negocios carnales de prisa sobre el heno, a la sombra de las iglesias abandonadas. Sólo esa violenta madeja de ayer puede explicar el miedo sobrenatural que esos hombres lograron infundir en el alma de un mundo.

Gonzalo era treinta y cinco años menor que su hermano Francisco: cuando llegó a las Indias, los primogénitos ya habían vivido hallazgos y tormentos, y él tuvo que inventar sus propias locuras. El destino no le deparó como al primero un marquesado sobre la sangre seca del Inca, ni le concedió el poder subalterno del segundo, capaz de conducir sobre el océano barcos que por poco se hundían de oro. Era apuesto, era joven, era el mejor jinete de los reinos nuevos, se le medía a todo riesgo y, como sus hermanos, nunca sintió otro amor que la pasión de mandar y la embriaguez

de arriesgarlo siempre todo. Buscaba un reino propio que estuviera a la altura de su ambición, y la noticia del País de la Canela le dibujó en el aire un destino más rico que la ciudad de pedernal de los muertos.

Era la hora de imitar a sus hermanos triunfales, la hora de superarlos, y para ello fue preciso preparar con furia el camino, hablar noches enteras con veteranos, censar cientos de obstáculos previsibles. Mandó buscar al teniente Gonzalo Díaz de Pineda, en cuyas manos llenas de cicatrices había fracasado años atrás una expedición por el mismo camino, disuadida por flechas con ponzoña y por marañas impenetrables, más allá de los hielos que silban. Díaz de Pineda, que seguía en el reino, no había oído nunca de bosques de canela, y un fuego de rencor le asomó en los ojos oyendo hablar de esa riqueza que había estado a punto de ser suya. ¿Por qué sólo al avance de los Pizarro la tierra muda soltaba sus secretos y hasta las puertas más cerradas se abrían? ¿Era posible todavía aprovechar el regalo de Dios? Gonzalo Pizarro, que valoraba su experiencia, recibió con afecto a Díaz de Pineda y a su socio, Ginés Fernández de Moguer, un mozo de veinticuatro años que lo había acompañado en las primeras incursiones a Chalcoma, Quijos y Zumaco, y de quien los propios compañeros decían que tenía los ojos verdes de tanto buscar esmeraldas, y les dio mando firme en la gran expedición que se fraguaba con el oro del Quzco.

Vuelvo a decirte que nadie supo nunca a cuánto había ascendido ese tesoro. Contaban en el aire tejas de oro sobre tejas de oro, cofres de plata sobre cofres de plata, mantas de bordados finísimos, la lana laboriosa de las vicuñas, estrellas de esmeralda y topacio que habían arrebatado a los tronos. Noticias del hallazgo del reino muisca, en las mesetas del norte, renovaron entonces las esperanzas, y aunque eran cada vez más confusas las pistas de los imperios ocultos, ya nadie ignoraba que las montañas tienen duras raíces de plata y de oro.

Cada quien sabía algo, pero sólo el fuego lo sabía todo, sólo en sus lenguas danzantes estaba cifrado el secreto, y volvíamos a sentarnos en las plazas recién fundadas, a escuchar con una mezcla de credulidad y recelo cuentos inverosímiles en torno a las fogatas. Cuentos de Cumaná y de sus islas de perlas, donde crecían ciudades hora tras hora; cuentos del reino de Coscuez y de Muzo, donde hasta las mariposas tienen el color de las

esmeraldas; cuentos del cerro magno de Potosí, donde el paladar de la tierra relumbra de plata; cuentos de selvas que respiran sobre sigilosas vetas de amianto. Oímos de las tierras de Gez y de Ciana, donde la piedra y el metal están vivos; de las fronteras de Cíbola, la ciudad de los simios; de Manoa la escondida, con sus embarcaderos de oro; y de la fuente de la eterna juventud de la isla Florida.

Nadie nos mencionó ese lugar donde los enviados de Tisquesusa escondieron el oro de los muiscas, el oro que el astuto zipa ocultó a las tropas de Jiménez de Quesada, y que tú mismo dejaste intocado en las cavernas del nuevo reino, pero lo cierto es que entre tantas comarcas prodigiosas no resultaba extraño oír hablar de un país de canela, aunque sí era asombroso que en este mundo donde la guerra se hacía por metales y por piedras preciosas, unos árboles llegaran a tener tanto valor.

Aquí los cuentos desvelan más que los insectos. Cuántos hombres no han enloquecido por falta de sueño, pensando en mantener los ojos siempre abiertos porque la riqueza puede aparecer en las arenas de los ríos, en las venas de la tierra, debajo de las piedras, en los ojos de las estatuas, en las ostras recién arrancadas o en el buche de los caimanes. Muchos terminan creyendo que todo puede ser señal de riqueza: el trazo de las ciudades de los indios, los dibujos que dejan en las piedras, el modo como se deslizan las serpientes del Sol por las terrazas de los templos, las palabras que salen de la boca de los flecheros y hasta el grito de un pájaro en las cornisas de la montaña. Y acaban por creer que aquí todo, como dicen los indios, envía mensajes: el Sol que sube piedra a piedra los montes, las avalanchas que sepultan aldeas, las manchas negras en la piel del jaguar, el vuelo de alas rectas del cóndor blanco.

Yo no digo que no sea verdad que todo tiene un significado: los indios que esconden sus flautas a la orilla del río, los brujos que guardan manteca de delfín en sus pequeños calabazos, o los grupos de indios que pretenden almacenar lo que saben en grandes canastos que entierran al pie de los árboles, pero mientras se comprueba la verdad de lo que dicen uno corre el riesgo de ver señales donde las señales no existen, y de creer que todo pájaro habla cuando canta, que bajo todo árbol hay un sepulcro de oro, que todo río oculta su caudal, que todo indio es brujo, que toda marca en las

piedras es un mapa, y muchos españoles se han vuelto más supersticiosos que los propios indios, porque los enloquece la codicia, que es más capaz de invenciones que cualquier mago.

Lo duro es verse rodeados por un mundo tan desconocido y hostil. Gonzalo Pizarro empezó prestando demasiada atención a los relatos de los indios, escuchando sus cuentos, y terminó creyendo esas historias más que los indios mismos. Espiaba sus danzas, fisgoneaba sus conversaciones, vivía siempre al acecho, sintiendo que las cosas más importantes los indios no las decían con franqueza, que había que arrancarles sus verdades cuando estaban hablando entre ellos. Esas riquezas que necesitábamos le parecían escondidas, por decirlo así, en las puntas de sus lenguas taimadas, y habría querido tener tenazas para arrancarles con las lenguas los secretos que guardaban.

Como te dije, mientras Gonzalo nos contagiaba su fiebre de canela, Hernando Pizarro, después de llevar a Carlos V un nuevo tesoro, había quedado preso en una celda de España: la Corona empezaba a desconfiar de sus proezas de altanería. El marqués Francisco pensó que la Corona quedaría deslumbrada con el tributo, que vendrían en avalancha grandes ennoblecimientos para su linaje, y es verdad que no hubo en la corte un momento de mayor embriaguez con las conquistas de Indias, porque el oro del Perú volvió doradas las pupilas de una generación en las provincias hambrientas, y tienes que admitir que tú mismo saliste de tu infancia bajo los destellos de ese sueño. Ahora la Corona recibía la presa que le traía el halcón, pero se apresuraba a ponerle de nuevo el capirote en la cabeza... y sobre todo, ya no le mostraba los ojos.

Por fin llegó la hora de la partida, y sólo en Quito pudimos ver completa la caravana que se había armado. Para nuevas aventuras, sangre nueva, y tenía Gonzalo veintisiete años cuando acabó de organizar la expedición. El propio marqués le había dado todo su apoyo, puso su parte en oro y le confió el mando con plena conciencia, porque tenía la ilusión de que todos en la familia serían reyes, y para sí mismo incubaba silenciosa en su mente la ambición de un imperio. Gonzalo escogió, entre los centenares de soldados baldíos de las guerras recientes, a los doscientos cuarenta varones que salimos con él por los montes. Cien eran oficiales a caballo, ciento

cuarenta éramos peones con mando sobre los cuatro mil indios que, más que contratados, habían sido enganchados a medias con promesas y a medias con amenazas, para que cargaran parte de los fardos que requería la caravana. Las cosas más pesadas irían al lomo de dos mil llamas, camellos de los páramos resistentes al frío, cuyo sentido del equilibrio es un milagro en los riscos de la montaña. Enrolladas sobre las llamas iban las mantas, enlazadas las herramientas y bien embaladas las armas. Pero Pizarro quería armas más eficaces, y se reafirmó en ello al oír de Díaz de Pineda las desventuras que sufrieron sus soldados bajo el asedio de los indios. Por eso hizo traer de España y de las islas el arma más feroz que llevamos a la travesía, dos mil perros de presa cebados y adiestrados para despedazar bestias y hombres.

Yo conocí a uno de los marinos del barco que los trajo, y si no estuvieras tan ansioso por escuchar la historia de la expedición, podría contarte también la historia de los perros del mar, su larga navegación sobre los lomos del océano, esas noches interminables de ladridos en la tiniebla mientras subían y bajaban sobre el agua las estrellas del sur. Y es que todavía me parece oír en el viento a los perros. Durante muchos días fue el único sonido que escuchamos, y sólo al separarnos de la tropa me sorprendió descubrir que esas tierras tienen su sonido propio, un rumor de incontables criaturas.

También el alimento que necesitaba esa muchedumbre tenía que ponerse en marcha, y así se añadieron dos mil cerdos con argollas en el hocico, traídos como los perros en parte de España y en parte de las granjas de porqueros de Cuba y La Española, que serían sacrificados a medida que avanzáramos. Tal vez Pizarro armó esa expedición delirante para que tantas formas conocidas nos recordaran el mundo del que procedíamos, para no enloquecer ante los caprichos de la naturaleza por tierras tan distintas, pero la solución para que cada uno de nosotros no enloqueciera consistió en que toda la expedición fuese una locura.

Tantos hombres de España, tantos indios, tantas llamas, tantos perros, tantos cerdos subiendo por esas pendientes de viento helado, yendo a rendir tributo a unos dioses desconocidos, tanta gente dispuesta a morir por un cuento, por un rumor, ahora me alarman, porque esa expedición sólo a

medias era la búsqueda de un tesoro. Era sobre todo la prueba de una credulidad desmedida, una sonámbula procesión de creyentes yendo a buscar un bosque mágico, un ritual corroído por la codicia, espoleado por la impaciencia.

Y así salimos a buscar el País de la Canela. Los cien jinetes ansiosos y crueles que remontaron la sierra, los ciento cuarenta peones acorazados que caminábamos atrás, los millares de indios de las montañas que cargaban en fardos las sogas, las hachas, las palas, las demás herramientas y las armas, las dos mil llamas cargadas de granos y provisiones, y los dos mil cerdos argollados, que ascendían como un tropel de gruñidos por las lomas resacas, forman todavía en la memoria una confusión imborrable.

Como un enorme ser que sólo se viera a sí mismo, el propio tumulto de la expedición no nos dejaba advertir el mundo que recorriamos. Todo el tiempo había que cuidar que los cerdos no se despeñaran, que los perros tuvieran alimento, que los fardos estuvieran asegurados, que las armas no padecieran humedad, que los caballos sobrepasaran los fangales y los barrancos resbaladizos. Y la verdadera presencia extraña eran los miles de indios. Bajo el estruendo de los perros y la ferocidad de la tropa avanzaban dóciles y ajenos, con una actitud que podía ser de odio o de resignación, la mayor parte de ellos con ese gesto indefinible que nunca nos permite saber si son amigos o enemigos, si están serenos o atormentados, si quieren matar o si quieren morir.

Pero sobre ese largo recuerdo persisten los perros, con sus carlancas de hierro en el cuello erizadas de púas para protegerlos de las otras bestias, los perros abriendo camino a las llamas cargadas que rumiaban atrás por la ruta, los perros siguiendo a la nube de cerdos que gruñían noche y día, los perros feroces abriendo los caminos de la montaña. Tú no sabes lo que era aquello, y yo no quisiera repetirlo nunca. Los perros furiosos, los perros hambrientos... el eco interminable de sus ladridos... sólo los aguaceros a veces lograban atenuar en los montes el estruendo infernal de los perros.